



Agustín Moreto

El Desdén  
con el Desdén

**E** LEJANDRIA



Agustín Moreto

El Desdén  
con el Desdén

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL DESDÉN CON EL DESDÉN

**AGUSTÍN MORETO**

**PUBLICADO: 1654**

**FUENTE: BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES**  
**EDICIÓN ORIGINAL: PRIMERA PARTE DE COMEDIAS, MADRID,**  
**DIEGO DÍAZ DE LA CARRERA, 1654**

# EL DESDÉN CON EL DESDÉN

Agustín Moreto

[NOTA PRELIMINAR: Edición digital a partir de la «Primera parte de comedias», Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1654 y cotejada con la excelente edición crítica de Francisco Rico (Madrid, Castalia, 1971).]

## PERSONAJES

CARLOS, *conde de Urgel.*

POLILLA, *gracioso.*

EL CONDE DE BARCELONA.

EL PRÍNCIPE DE BEARNE.

DON GASTÓN, *conde de Fox.*

DIANA.

CINTIA.

LAURA.

FENISA.

*Músicos.*

# JORNADA I

SALEN CARLOS Y POLILLA.

CARLOS

Yo he de perder el sentido  
con tan estraña mujer.

POLILLA

Dame tu pena a entender,  
señor, por recién venido.

Cuando te hallo en Barcelona  
lleno de aplauso y honor,  
donde tu heroico valor  
todo su pueblo pregona;

cuando sobra a tus vitorias  
ser Carlos, conde de Urgel,  
y en el mundo no hay papel  
donde se escriban tus glorias,  
¿qué causa ha podido haber  
de que estés tan mal guisado,  
que por más que la he pensado  
no la puedo comprender?

CARLOS

Polilla, mi desazón  
tiene más naturaleza:  
este pesar no es tristeza,  
sino desesperación.

POLILLA

¿Desesperación? Señor,  
que te enfrenes te aconsejo,  
que tiras algo a bermejo.

CARLOS

No burles de mi dolor.

POLILLA

¿Yo burlar? Esto es templarte;  
mas tu desesperación,  
¿qué tanta es a esta sazón?

CARLOS

La mayor.

POLILLA

¿Cosa de ahorcarte?

Que, si no, poco te ahoga.

CARLOS

No te burles, que me enfado.

POLILLA

Pues si estás desesperado,  
¿hago mal en darte sogas?

CARLOS

Si dejaras tu locura,  
mi mal te comunicara;  
porque la agudeza rara  
de tu ingenio me asegura  
que algún medio discurriera,  
como otras veces me has dado,  
con que alivie mi cuidado.

POLILLA

Pues, señor, ¡polilla fuera!

Desembucha tu pasión;  
y no tenga tu cuidado,  
teniéndola en el criado,  
polilla en el corazón.

CARLOS

Ya sabes que a Barcelona,  
del ocio de mis estados,

me trajeron los cuidados  
de la fama que pregona  
de Diana la hermosura,  
desta corona heredera,  
en quien la dicha que espera  
tanto príncipe procura,  
compitiendo en su deseo  
gala, brío y discreción.

POLILLA

Ya sé que sin pretensión  
veniste a este galanteo,  
por lucir la bizarría  
de tus heroicos blasones,  
y que en todas las acciones  
siempre te has llevado el día.

CARLOS

Pues oye mi sentimiento.

POLILLA

Ello ¿estás enamorado?

CARLOS

Sí estoy.

POLILLA

Gran susto me has dado.

CARLOS

Pues escucha.

POLILLA

Va de cuento.

CARLOS

Ya sabes cómo en Urgel  
tuve, antes de mi partida,  
del amor del de Bearne  
y el de Fox larga noticia.  
De Diana pretendientes,  
dieron con sus bizarrías  
voz a la fama, y asombro  
a todas estas provincias.

El ver de amor tan rendidos  
como la fama publica  
dos príncipes tan bizarros,  
que aun los alaba la envidia,  
me llevó a ver si esto en ellos  
era por galantería,  
gusto, opinión o violencia  
de su hermosura divina.  
Entré, pues, en Barcelona;  
vila en su palacio un día,  
sin susto del corazón  
ni admiración de la vista:  
una hermosura modesta,  
con muchas señas de tibia,  
mas sin defecto común  
ni perfección peregrina;  
de aquellas en quien el juicio,  
cuando las vemos queridas,  
por la admiración apela  
al no sé qué o a la dicha.  
La ocasión de verme entre ellos  
cuando al valor desafían  
en públicas competencias,  
con que el favor solicitan,  
ya que no pudo a mi amor,  
empeñó mi bizarría,  
ya en fiestas y ya en torneos  
y otras empresas debidas  
al culto de una deidad,  
a cuya soberanía  
-sin el empeño de amor-  
la obligación sacrifica.  
Tuve en todas tal fortuna,  
que, dejando deslucidas  
sus acciones, salí siempre  
coronado con las mías.

Y el vulgo, con el suceso,  
la corona merecida  
con la suerte dio a mi frente  
por mérito, siendo dicha,  
que cualquiera de los dos  
que en ella me competía  
la mereció más que yo.  
Pero para conseguirla  
tuve yo el faltar mi amor  
y no tener la codicia  
con que ellos la deseaban,  
con que por fuerza fue mía;  
que en los casos de la suerte,  
por tema de su malicia,  
se van siempre las venturas  
a quien no las solicita.  
Siendo, pues, mis alabanzas  
de todos tan repetidas,  
sólo en Diana hallé siempre  
una entereza, tan hija  
de su esquiva condición,  
que, siendo mis bizarrías  
dedicadas a su aplauso,  
nunca me dejó noticia,  
ya que no de favorable,  
siquiera de agradecida.  
Y esto con tanta esquivez,  
que en todos dejó la misma  
admiración que en mis ojos,  
pues la estraña demasía  
de su entereza pasaba  
del decoro la medida  
y, excediendo de recato,  
tocaba ya en grosería.  
Que a las damas de tal nombre  
puso el respeto dos líneas:

una es la desatención,  
y otra, el favor; mas la avisa  
que ponga entre ellas la planta  
tan ajustada y medida,  
que en una ni en otra toque:  
porque si, de agradecida,  
adelanta mucho el pie,  
la raya del favor pisa,  
y es ligereza; y si, entera,  
mucho la planta retira,  
por no tocar el favor  
pisa en la descortesía.  
Este error hallé en Diana,  
que empeñó mi bizarría  
a moverla por lo menos  
a atención, si no a caricia;  
y este deseo en las fiestas  
me obligaba a repetirlas,  
a buscar nuevos empeños  
al valor y a la osadía.  
Mas nunca pude sacar  
de su condición esquiva  
más que más causa a la queja  
y más culpa a la malicia.  
Desto nació el inquirir  
si ella conmigo tenía  
alguna aversión o queja,  
mal fundada o presumida.  
Y averigüé que Diana,  
del discurso las primicias,  
con las luces de su ingenio,  
le dio a la filosofía.  
Deste estudio y la lición  
de las fábulas antiguas,  
resultó un común desprecio  
de los hombres, unas iras

contra el orden natural  
del Amor (con quien fabrica  
el mundo a su duración  
alcázares en que viva),  
tan estable en su opinión,  
que da con sentencia fija  
el querer bien por pasión  
de las mujeres indigna.  
Tanto, que siendo heredera  
de esta corona, y precisa  
la obligación de casarse,  
la renuncia y desestima  
por no ver que haya quien triunfe  
de su condición altiva.  
A su cuarto hace la selva  
de Diana, y son las ninfas  
sus damas, y en este estudio  
las emplea todo el día.  
Sólo adornan sus paredes  
de las ninfas fugitivas  
pinturas que persuaden  
al desdén. Allí se mira  
a Dafne huyendo de Apolo;  
Anaxarte, convertida  
en piedra por no querer;  
Aretusa, en fuentecilla,  
que al tierno llanto de Alfeo  
paga en lágrimas esquivas.  
Y viendo el Conde, su padre,  
que en este error se confirma  
cada día con más fuerza;  
que la razón no la obliga,  
que su riesgo no la ablanda  
y con tal furia se irrita,  
en hablándola de amor,  
que teme que la encamina

a un furor desesperado,  
que el medio más blando elija  
le aconseja su prudencia,  
y a los príncipes convida  
para que, haciendo por ella  
fiestas y galanterías,  
sin la persuasión ni el ruego,  
la naturaleza misma  
sea quien lidie con ella,  
por si, teniendo a la vista  
aplausos y rendimientos,  
ansias, lisonjas, caricias,  
su propio interés la vence  
o la obligación la inclina;  
que en quien la razón no labra  
endurece la porfía  
del persuadir, y no hay cosa  
como dejar a quien lidia  
con su misma sinrazón,  
pues si ella misma le guía  
al error, en dando en él,  
es fuerza quedar vencida:  
porque no hay, con el que a oscuras  
por un mal paso camina,  
para que vea su engaño,  
mejor luz que la caída.  
Habiendo ya averiguado  
que esto en su opinión esquivada  
era desprecio común  
y no repugnancia mía,  
claro está que yo debiera  
sosegarme en mi porfía;  
y, considerando bien  
opinión tan exquisita,  
primero que a sentimiento  
pudiera moverme a risa.

Pues, para que se conozca  
la vileza más indigna  
de nuestra naturaleza,  
aquella hermosura misma  
que yo antes libre miraba  
con tantas partes de tibia,  
cuando la vi desdeñosa,  
por lo imposible, a la vista,  
la que miraba común  
me pareció peregrina.  
¡Oh, bajeza del deseo!  
Que aunque sea la codicia  
de más precio lo que alcanza  
que lo que se le retira,  
sólo por la privación  
de más valor lo imagina,  
y da el precio a lo difícil,  
que su mismo ser le quita.  
Cada vez que la miraba,  
más bella me parecía;  
y iba creciendo en mi pecho  
este fuego tan aprisa,  
que, absorto de ver la llama,  
a ver la causa volvía  
y hallaba que aquella nieve  
de su desdén, muda y tibia,  
producía en mí este incendio.  
¡Qué ejemplo para el que olvida!  
Seguro piensa que está  
el que en la ceniza fría  
tiene ya su amor difunto:  
¡qué engañado lo imagina!  
Si amor se enciende de nieve,  
¿quién se fía en la ceniza?  
Corrido yo de mis ansias,  
preguntaba a mis fatigas:

«¡Traidor corazón!, ¿qué es esto?  
¿Qué es esto?, ¡aleves caricias!  
La que neutral no os agrada  
¿os parece bien esquiva?  
La que vista no os suspende  
¿cuando es ingrata os admira?  
¿Qué le añade a la hermosura  
el rigor que la ilumina?  
¿Con el desdén es hermosa  
la que sin desdén fue tibia?  
El desprecio ¿no es injuria?  
La que desprecia ¿no irrita?  
Pues la que no pudo afable,  
¿por qué os arrastra enemiga?  
La crueldad, a la hermosura,  
¿el ser de deidad le quita?  
Pues ¿qué, para mí la ensalza  
lo que para sí la humilla?  
Lo tirano, ¿se aborrece?  
Pues a mí ¿cómo me obliga?  
¿Qué es esto? ¿Amor? ¿Es acaso  
hermosa la tiranía?  
No es posible, no, esto es falso;  
no es esto amor, ni hay quien diga  
que arrastrar pudo inhumana  
la que no movió divina.  
Pues ¿qué es esto? ¿Esto no es fuego?  
Sí, que mi ardor lo acredita;  
no, que el hielo no le causa;  
sí, que el pecho lo publica.  
No puede ser, no es posible;  
no, que a la razón implica.  
Pues ¿qué será? Esto es deseo.  
¿De qué? De mi muerte misma.  
Yo mi mal querer no puedo...  
Pues ¿qué será? ¿Una codicia

de aquello que se me aparta?  
No, porque no lo quería  
el corazón. ¿Esto es tema?  
No. Pues, alma, ¿qué imaginas?  
¿Bajeza es del pensamiento?  
No es sino soberanía  
de nuestra naturaleza,  
cuya condición altiva  
todo lo quiere rendir,  
como superior se mira.  
Y habiendo visto que hay pecho  
que a su halago no se rinda,  
el dolor deste desdén  
le abrasa y le martiriza  
y produce un sentimiento,  
con que a desearse obliga  
vencer aquel imposible.  
Y ardiendo en esta fatiga,  
como hay parte de deseo  
y este deseo lastima,  
parece efecto de amor,  
porque apetece y aspira;  
y no es sino un sentimiento  
equivocado en caricia.»  
Esto la razón discurre;  
mas la voluntad, indigna,  
toda la razón me arrastra  
y todo el valor me quita.  
Sea amor o sentimiento,  
nieve, ardor, llama o ceniza,  
yo me abraso, yo me rindo  
a esta furia vengativa  
de amor, contra la quietud  
de mi libertad tranquila.  
Y, sin esperanza alguna  
de sosiego en mis fatigas,

yo padezco en mi silencio,  
yo mismo soy de las iras  
de mi dolor alimento;  
mi pena se hace a sí misma,  
porque, más que mi deseo,  
es rayo que me fulmina  
-aunque es tan digna la causa-  
el ser la razón indigna,  
pues mi ciega voluntad  
se lleva y se precipita  
del rigor, de la crueldad,  
del desdén, la tiranía;  
y muero, más que de amor,  
de ver que a tanta desdicha,  
quien no pudo como hermosa,  
me arrastrase como esquivada.

POLILLA

Atento, señor, he estado,  
y el suceso no me admira,  
porque eso, señor, es cosa  
que sucede cada día.  
Mira: siendo yo muchacho,  
había en mi casa vendimia,  
y por el suelo las uvas  
nunca me daban codicia.  
Pasó este tiempo, y después  
colgaron en la cocina  
las uvas para el invierno.  
Y yo, viéndolas arriba,  
rabiaba por comer dellas;  
tanto, que trepando un día  
por alcanzarlas, caí  
y me quebré las costillas.  
Este es el caso, él por él.

CARLOS

No el ser natural me alivia,

si es injusto el natural.

POLILLA

Dime, señor: ¿ella mira  
con más cariño a otro?

CARLOS

No.

POLILLA

Y ellos ¿no la solicitan?

CARLOS

Todos vencerla pretenden.

POLILLA

Pues que cae más aprisa  
apostaré.

CARLOS

¿Por qué causa?

POLILLA

Sólo porque es tan esquiva.

CARLOS

¿Cómo ha de ser?

POLILLA

Verbigracia:

¿viste una breva en la cima  
de una higuera, y los muchachos,  
que en alcanzarla porfían,  
piedras la tiran a pares,  
y aunque a algunas se resista,  
al cabo, de aporreada  
con las piedras que la tiran,  
viene a caer más madura?  
Pues lo mismo aquí imagina.  
Ella está tiesa y muy alta;  
tú tus pedradas la tiras;  
los otros tiran las suyas;  
luego, por más que resista,  
ha de venir a caer,  
de una y otra a la porfía,

más madura que una breva.  
Mas, cuidado a la caída,  
que el cogerla es lo que importa;  
que ella caerá, como hay viñas.

CARLOS

El Conde, su padre, viene.

POLILLA

Acompañado se mira  
del de Fox y el de Bearne.

CARLOS

Ninguno tiene noticia  
del incendio de mi pecho,  
porque mi silencio abriga  
el áspid de mi dolor.

POLILLA

Esa es mayor valentía.  
Callar tu pasión mucho es,  
¡vive Dios! ¿Por qué imaginas  
que llaman ciego a quien ama?

CARLOS

Porque sus yerros no mira.

POLILLA

No tal.

CARLOS

Pues ¿por qué está ciego?

POLILLA

Porque el que ama al ciego imita.

CARLOS

¿En qué?

POLILLA

En cantar la Pasión  
por calles y por esquinas.

(SALEN EL CONDE DE BARCELONA, EL PRÍNCIPE DE BEARNE Y DON  
GASTÓN, CONDE DE FOX.)

CONDE

Príncipes, vuestro justo sentimiento,  
mirado bien, no es vuestro, sino mío.  
Ningún remedio intento  
que no le venza el ciego desvarío  
de Diana, en quien hallo  
cada vez menos medios de enmendallo.

Ni del poder de padre a usar me atrevo,  
ni del de la razón, porque se irrita  
tanto cuando de amor hablarla pruebo,  
que a más daño el furor la precipita.  
Ella, en fin, por no amar ni sujetarse,  
quiere morir primero que casarse.

DON GASTÓN

Esa, señor, es opinión aguda  
de su discurso, a los estudios dado,  
que el tiempo sólo o la razón la muda,  
y sin razón estás desesperado.

CONDE

Conde de Fox, aunque verdad es ésa,  
no me atrevo a empeñaros en la empresa  
de que asistáis en vano a su hermosura,  
faltando en vuestro estado a su asistencia.

BEARNE

Señor, con tu licencia,  
el que es capricho injusto nunca dura;  
y aunque el vencerle es dificultoso,  
yo estoy perdiendo tiempo más airoso  
(ya que a este intento de Bearne vine)  
que dejando la empresa mi constancia;  
porque es mayor desaire que imagine  
nadie que la dejé por inconstancia,  
ni eso crédito es de su hermosura  
ni del honesto amor que la procura.

CARLOS

El Príncipe, señor, ha respondido  
como galán, bizarro y caballero;

que aun en mí, que he venido  
sin ese empeño, sólo aventurero,  
a festejar no haciendo competencia,  
dejar de proseguir fuera indecencia.

CONDE

Príncipes, lo que siento es empeñaros  
en porfiar, cuando halla la porfía  
de mayor resistencia indicios claros;  
si la gala, el valor, la bizarría,  
no la mueve ni inclina, ¿con qué intento  
vencer imagináis su entendimiento?

POLILLA

Señor, un necio a veces halla un medio  
que aprueba la razón. Si dais licencia,  
yo me atreveré a daros un remedio,  
con que, aunque ella aborrezca su presencia,  
se le vayan los ojos, hechos fuentes,  
tras cualquiera galán de los presentes.

CONDE

Pues ¿qué medio imaginas?

POLILLA

Como mío.

Hacer justas, torneos, a una ingrata,  
es poner ollas a quien tiene hastío.  
El medio es, que rendirla no dilata,  
poner en una torre a la Princesa,  
sin comer cuatro días ni ver mesa;  
y luego han de pasar estos galanes  
delante della, convidando a escote,  
el uno con seis pollas y dos panes,  
el otro con un plato de jigote;  
y a mí me lleve el diablo, si los viere  
y tras ellos corriendo no saliere.

CARLOS

¡Calla, loco, bufón!

POLILLA

¿Esto es locura?

Ejecútese el medio, y ¡a la prueba!  
Sitien luego por hambre su hermosura,  
y verán si los ojos no la lleva  
quien sacare un vestido de camino  
guarnecido de lonjas de tocino.

BEARNE

Señor, sola una cosa por mí pido,  
que don Gastón también ha de querella:  
nunca hablar a Diana hemos podido;  
danos licencia tú de hablar con ella,  
que el trato y la razón puede mudalla.

CONDE

Aunque la ha de negar, he de intentalla.

Pensad vosotros medios y ocasiones  
de mover su entereza, que a escucharos  
yo la sabré obligar con mis razones,  
que es cuanto puedo hacer para ayudaros  
a la empresa tan justa y deseada  
de ver mi sucesión asegurada.

(VASE.)

BEARNE

Condes, crédito es de la nobleza  
de nuestra heroica sangre la porfía  
de rendir el desdén de su belleza;  
juntos la hemos de hablar.

CARLOS

Yo compañía  
al empeño os haré, mas no al deseo;  
porque yo sin amor sigo este empleo.

DON GASTÓN

Pues ya que vós no estáis enamorado,  
¿qué medios seguiremos de obligalla?  
Que esto lo ve mejor el descuidado.

CARLOS

Yo un medio sé que mi silencio calla,  
porque otro empeño es, que al proponelle  
cualquiera de los dos ha de querelle.

BEARNE

Decís bien.

DON GASTÓN

Pues, Bearne, vamos luego  
a imaginar festejos y finezas.

BEARNE

A introducir en su desdén el fuego.

DON GASTÓN

Ríndanse a nuestro incendio sus tibiezas.

CARLOS

Yo a eso asistiré.

BEARNE

Pues ¡a esta gloria!

(VANSE).

CARLOS

Y del más feliz sea la vitoria.

POLILLA

Pues ¿qué es esto, señor? ¿Por qué has negado  
tu amor?

CARLOS

He de seguir otro camino  
de vencer un desdén tan desusado.

Ven, y yo te diré lo que imagino,  
que tú me has de ayudar.

POLILLA

Eso no hay duda.

CARLOS

Allá has de entrar.

POLILLA

Seré Sinón y ayuda.

CARLOS

¿Sabráste introducir?

POLILLA

Y hacer pesquisas.

¿Yo Polilla no soy? ¿Eso previenes?

Me sabré introducir en sus camisas.

CARLOS

Pues ya a mi amor le doy los parabienes.

Vamos, que si eso importa a las marañas,

yo sabré apolillarle las entrañas.

(VANSE).

(SALEN MÚSICOS, DIANA, CINTIA Y LAURA Y DAMAS.)

MÚSICOS

[CANTANDO.]

Huyendo la hermosa Dafne,

burla de Apolo la fee;

sin duda le sigue un rayo,

pues la defiende un laurel.

DIANA

¡Qué bien que suena en mi oído

aquel honesto desdén!

¡Que hay mujer que quiera bien!

¡Que haya pecho agradecido!

CINTIA

[APARTE.]

¡Que por error su agudeza

quiera el amor condenar

y, si lo es, quiera enmendar

lo que erró Naturaleza!

DIANA

Ese romance cantad;

proseguid, que el que le hizo

bien conoció el falso hechizo

de esa tirana deidad.

MÚSICOS

[CANTANDO.]

Poca o ninguna distancia  
hay de amar a agradecer;  
no agradezca la que quiere  
la vitoria del desdén.

DIANA

¡Qué bien dice! Amor es niño,  
y no hay agradecimiento  
que al primer paso, aunque lento,  
no tropiece en su cariño.

Agradecer es pagar  
con un decente favor;  
luego quien paga el amor  
ya estima el verse adorar.

Pues si estima, agradecida,  
ser amada una mujer,  
¿qué falta para querer  
a quien quiere ser querida?

CINTIA

El agradecer, Diana,  
es deuda noble y cortés:  
la que agradecida es  
no se infiere que es liviana.

Que agradece la razón  
siempre en nosotras se infiere;  
la voluntad es quien quiere...

Distintas las causas son;  
luego si hay diversidad  
en la causa y el intento,  
bien puede el entendimiento  
obrar sin la voluntad.

DIANA

Que haber puede estimación  
sin amor es la verdad,  
porque amar es voluntad  
y agradecer es razón.

No digo que ha de querer

por fuerza la que agradece,  
pero, Cintia, me parece  
que está cerca de caer;

y quien desto se asegura  
no teme o no ve el engaño,  
porque no recela el daño  
quien al riesgo se aventura.

CINTIA

El ser desagradecida  
es delito descortés.

DIANA

Pero el agradecer es  
peligro de la caída.

CINTIA

Yo el delito no permito.

DIANA

Ni yo un riesgo tan extraño.

CINTIA

Pues, por escusar un daño,  
¿es bien hacer un delito?

DIANA

Sí, siendo tan contingente  
el riesgo.

CINTIA

Pues ¿no es menor,  
si es contingente, este error  
que ese delito presente?

DIANA

No, que es más culpa el amar,  
que falta el no agradecer.

CINTIA

¿No es mejor, si puede ser,  
el no querer y estimar?

DIANA

No, porque a querer se ha de ir.

CINTIA

Pues ¿no puede allí parar?

DIANA

Quien no resiste a empezar,  
no resiste a proseguir.

CINTIA

Pues el ser agradecida  
¿no es mejor, si esto es ganancia,  
y gastar esa constancia  
en resistir la caída?

DIANA

No, que eso es introducirle  
al amor; y, al desecharle,  
no basta para arrojarle  
lo que puede resistirle.

CINTIA

Pues cuando eso haya de ser,  
más que a la atención faltar,  
me quiero yo aventurar  
al peligro de querer.

DIANA

¿Qué es querer? Tú hablas así,  
o atrevida o sin cuidado;  
sin duda te has olvidado  
que estás delante de mí.

¿Querer se ha de imaginar?

¿En mi presencia querer?

Mas esto no puede ser...

Laura, volved a cantar.

MÚSICOS

No se fíe en las caricias  
de Amor quien niño le ve;  
que, con presencia de niño,  
tiene decretos de rey.

(SALE POLILLA, DE MÉDICO.)

POLILLA

[APARTE.]

¡Plegue al cielo que dé fuego  
mi entrada!

DIANA

¿Quién entra aquí?

POLILLA

*Ego.*

DIANA

¿Quién?

POLILLA

*Mihi, vel mi;*

*scholasticus sum ego,*

*pauper et enamoratus.*

DIANA

¿Vós enamorado estáis?

Pues ¿cómo aquí entrar osáis?

POLILLA

No, señora: *escarmentatus.*

DIANA

¿Qué os escarmentó?

POLILLA

Amor ruin;

y escarmentado en su error,  
me he hecho médico de amor,  
por ir de ruin a rocín.

DIANA

¿De dónde sois?

POLILLA

De un lugar.

DIANA

Fuerza es.

POLILLA

No he dicho poco,  
que en latín lugar es *loco.*

DIANA

Ya os entiendo.

POLILLA

Pues ¡andar!

DIANA

¿Y a qué entráis?

POLILLA

La fama oí  
de vós, con admiración  
de tan rara condición.

DIANA

¿Dónde supistes de mí?

POLILLA

En Acapulco.

DIANA

¿Dónde es?

POLILLA

Media legua de Tortosa;  
y mi codicia, ambiciosa  
de saber curar después  
del mal de amor, sarna insana,  
me trajo a veros, por Dios,  
por sólo aprender de vós.  
Partíme luego a La Habana,  
por venir a Barcelona,  
y tomé postas allí.

DIANA

¿Postas en La Habana?

POLILLA

Sí.

Y me apeé en Tarragona,  
de donde vengo hasta aquí,  
como hace fuerte el verano,  
a pie a pedirlos la mano.

DIANA

Y ¿qué os parece de mí?

POLILLA

Eso es fuerza que me aturda;  
no tiene Amor mejor flecha  
que vuestra mano derecha,  
si no es que sacáis la zurda.

DIANA

¡Buen humor tenéis!

POLILLA

Ansí,  
¿gusta mi conversación?

DIANA

Sí.

POLILLA

Pues con una ración  
os podéis hartar de mí.

DIANA

Yo os la doy.

POLILLA

Beso... ¡Qué error!  
¿Beso dije? Ya no beso.

DIANA

Pues ¿por qué?

POLILLA

El beso es el queso  
de los ratones de amor.

DIANA

Yo os admito.

POLILLA

Dios delante;  
mas sea con plaza de honor.

DIANA

¿No sois médico?

POLILLA

Hablador,  
y ansí seré platicante.

DIANA

Y del mal de amor, que mata,

¿cómo curáis?

POLILLA

Al que es franco  
curo con unguento blanco.

DIANA

¿Y sana?

POLILLA

Sí, porque es plata.

DIANA

¿Estáis mal con él?

POLILLA

Su nombre  
me mata. Llamó al Amor  
Averroes «hernia», un humor  
que hila las tripas a un hombre.

Amor, señora, es congoja,  
traición, tiranía villana,  
y sólo el tiempo le sana,  
suplicaciones y aloja.

Amor es quita-razón,  
quita-sueño, quita-bien,  
quitapelillos también,  
que hará calvo a un motilón.

Y las que él obliga a amar  
todas se acaban en *quita*:  
Francisquita, Mariquita,  
por ser todas al quitar.

DIANA

Lo que yo había menester  
para mi divertimento  
tengo en vós.

POLILLA

Con ese intento  
vine yo desde Añover.

DIANA

¿Añover?

POLILLA

Él me crió;  
que en este lugar extraño  
se ven melones cada año,  
y ansí Añoover se llamó.

DIANA

¿Cómo os llamáis?

POLILLA

Caniquí.

DIANA

Caniquí, a vuestra venida  
estoy muy agradecida.

POLILLA

Para las dueñas nací.

([APARTE.]

Ya yo tengo introducción;  
así en el mundo sucede:  
lo que un príncipe no puede,  
yo he logrado por bufón.

Si ahora no llega a rendilla  
Carlos, sin maña se viene,  
pues ya introducida tiene  
en su pecho la polilla.)

LAURA

Con los príncipes tu padre  
viene, señora, acá dentro.

DIANA

¿Con los príncipes? ¿Qué dices?  
¿Qué intenta mi padre? ¡Cielos!  
Si es repetir la porfía  
de que me case, primero  
rendiré el cuello a un cuchillo.

CINTIA

¿Hay tal aborrecimiento  
de los hombres? ¿Es posible,

Laura, que el brío, el aliento  
del de Urgel no la arrebate?

LAURA

Que es hermafrodita pienso.

CINTIA

A mí me lleva los ojos.

LAURA

Y a mí el Caniquí, en secreto,  
me ha llevado las narices,  
que me agrada para lienzo.

(SALE EL CONDE, CON LOS TRES PRÍNCIPES.)

CONDE

Príncipes, entrad conmigo.

CARLOS

[APARTE.]

Sin alma a sus ojos vengo;  
no sé si tendré valor  
para fingir lo que intento.  
Siempre la hallo más hermosa.

DIANA

¡Cielos! ¿Qué puede ser esto?

CONDE

¿Hija? ¿Diana?

DIANA

¿Señor?

CONDE

Yo, que a tu decoro atiendo  
y a la deuda en que me ponen  
los condes con tus festejos,  
habiendo d'ellos sabido  
que del retiro que has hecho  
de su vista, están quejosos...

DIANA

Señor, que me des te ruego  
licencia, antes que prosigas

ni tu palabra haga empeño  
de cosa que te esté mal,  
de prevenirte mi intento.  
Lo primero es que contigo  
ni voluntad tener puedo,  
ni la tengo, porque sólo  
mi albedrío es tu precepto.  
Lo segundo es que el casarme,  
señor, ha de ser lo mismo  
que dar la garganta a un lazo  
y el corazón a un veneno.  
Casarme y morir es uno;  
mas tu obediencia es primero  
que mi vida. Esto asentado,  
venga [a]hora tu decreto.

CONDE

Hija, mal has presumido,  
que yo casarte no intento,  
sino dar satisfacción  
a los príncipes, que han hecho  
tantos festejos por ti,  
y el mayor de todos ellos,  
que es pedirte por esposa,  
siendo tan digno su aliento,  
ya que no de tus favores,  
de mis agradecimientos.  
Y, no habiendo de otorgallo,  
debe atender mi respeto  
a que ninguno se vaya  
sospechando que es desprecio,  
sino aversión que tu gusto  
tiene con el casamiento.  
Y también que esto no es  
resistencia a mi precepto,  
cuando yo no te lo mando,  
porque el amor que te tengo

me obliga a seguir tu gusto;  
y pues tú, en seguir tu intento,  
ni a mí me desobedeces  
ni los desprecias a ellos,  
dales la razón que tiene  
para esta opinión tu pecho,  
que esto importa a tu decoro  
y acredita mi respeto.

(VASE.)

DIANA

Si eso pretendéis no más  
oíd, que dárosla quiero.

DON GASTÓN

Sólo a ese intento venimos.

BEARNE

Y no estrañéis el deseo,  
que más estraña es en vós  
la aversión al casamiento.

CARLOS

Yo, aunque a saberlo he venido,  
sólo ha sido con pretexto  
-sin estrañar la opinión-  
de saber el fundamento.

DIANA

Pues oíd, que ya le digo.

POLILLA

[APARTE.]

¡Vive Dios, que es raro empeño!  
¿Si hallará razón bastante?  
Porque será bravo cuento  
dar razón para ser loca.

DIANA

Desde que, al albor primero  
con que amaneció al discurso  
la luz de mi entendimiento,

vi el día de la razón,  
fue de mi vida el empleo  
el estudio y la lición  
de la historia, en quien da el tiempo  
escarmiento a los futuros  
con los pasados ejemplos.  
Cuantas ruinas y destrozos,  
tragedias y desconciertos  
han sucedido en el mundo  
entre ilustres o plebeyos,  
todas nacieron de Amor.  
Cuanto los sabios supieron,  
cuanto a la filosofía  
moral liquidó el ingenio,  
gastaron en prevenir  
a los siglos venideros  
el ciego error, la violencia,  
el loco, el tirano imperio  
de esa mentida deidad,  
que se introduce en los pechos  
con dulce voz de cariño,  
siendo un volcán allá dentro.  
¿Qué amante jamás al mundo  
dio a entender de sus efectos  
sino lástimas, desdichas,  
lágrimas, ansias, lamentos,  
suspiros, quejas, sollozos,  
sonando con triste estruendo  
para lastimar las quejas,  
para escarmentar los ecos?  
Si alguno correspondido  
se vio, paró en un despeño,  
que al que no su tiranía  
se opuso el poder del Cielo.  
Pues si quien se casa va  
a amar por deuda y empeño,

¿cómo se puede casar  
quien sabe de amor el riesgo?  
Pues casarse sin amor  
es dar causa sin efecto,  
¿cómo puede ser esclavo  
quien no se ha rendido al dueño?  
¿Puede hallar un corazón  
más indigno cautiverio  
que rendirle su albedrío  
quien no manda su deseo?  
El obedecerle es deuda;  
pues ¿cómo vivirá un pecho  
con una obediencia afuera  
y una resistencia adentro?  
Con amor o sin amor,  
yo, en fin, casarme no puedo:  
con amor, porque es peligro;  
sin amor, porque no quiero.

BEARNE

Dándome los dos licencia,  
responderé a lo propuesto.

DON GASTÓN

Por mi parte yo os la doy.

CARLOS

Yo que responder no tengo,  
pues la opinión que yo sigo  
favorece aquel intento.

BEARNE

La mayor guerra, señora,  
que hace el engaño al ingenio  
es estar siempre vestido  
de aparentes argumentos.  
Dejando las consecuencias  
que tiene Amor contra ellos,  
que en un discurso engañado  
suelen ser de menosprecio,

la experiencia es la razón  
mayor que hay para venceros,  
porque ella sola concluye  
con la prueba del efecto.  
Si vós os negáis al trato,  
siempre estaréis en el yerro,  
porque no cabe experiencia  
donde se escusa el empeño.  
Vós vais contra la razón  
natural, y el propio fuero  
de nuestra naturaleza  
pervertís con el ingenio.  
No neguéis vós el oído  
a las verdades del ruego:  
porque si es razón no amar,  
contra la razón no hay riesgo;  
y si no es razón, es fuerza  
que os ha de vencer el tiempo,  
y entonces será vitoria  
publicar el vencimiento.  
Vós defendéis el desdén;  
todos vencerle queremos;  
vós decís que eso es razón,  
permitíos al festejo.  
Haced escuela el desdén,  
donde, en nuestro galanteo,  
los intentos de obligaros  
han de ser los argumentos.  
Veamos quién tiene razón,  
porque ha de ser nuestro empeño  
inclinarnos al cariño  
o quedar vencidos ellos.

DIANA

Pues para que conozcáis  
que la opinión que yo llevo  
es hija del desengaño,

y del error vuestro intento,  
festejad, imaginad  
cuantos caminos y medios  
de obligar una hermosura  
tiene Amor, halla el ingenio;  
que desde aquí me permito  
a lisonjas y festejos  
con el oído y los ojos,  
sólo para convenceros  
de que no puedo querer  
y que el desdén que yo tengo,  
sin fomentarle el discurso,  
es natural en mi pecho.

DON GASTÓN

Pues si argumento ha de ser  
desde hoy nuestro galanteo,  
todos vamos a argüir  
contra el desdén y el despego.  
Príncipes, de la razón  
y de amor es ya el empeño;  
cada uno un medio elija  
de seguir este argumento;  
veamos, para concluir,  
quién elige mejor medio.

(VASE.)

BEARNE

Yo voy a escoger el mío,  
y de vós, señora, espero  
que habéis de ser contra vós  
el más agudo argumento.

(VASE.)

CARLOS

Pues yo, señora, también,  
por deuda de caballero,  
proseguiré en festejaros,

mas será sin ese intento.

DIANA

Pues ¿por qué?

CARLOS

Porque yo sigo  
la opinión de vuestro ingenio;  
mas aunque es vuestra opinión,  
la mía es con más extremo.

DIANA

¿De qué suerte?

CARLOS

Yo, señora,  
no sólo querer no quiero,  
mas ni quiero ser querido.

DIANA

Pues ¿en ser querido hay riesgo?

CARLOS

No hay riesgo, pero hay delito:  
no hay riesgo, porque mi pecho  
tiene tan establecido  
el no amar en ningún tiempo,  
que si el cielo compusiera  
una hermosura de extremos  
y ésta me amara, no hallara  
correspondencia en mi afecto;  
hay delito, porque cuando  
sé yo que querer no puedo,  
amarme y no amar sería  
faltar mi agradecimiento.  
Y así yo, ni ser querido  
ni querer, señora, quiero,  
porque temo ser ingrato  
cuando sé yo que he de serlo.

DIANA

Luego ¿vós me festejáis  
sin amarme?

CARLOS

Eso es muy cierto.

DIANA

Pues ¿para qué?

CARLOS

Por pagaros

la veneración que os debo.

DIANA

¿Y eso no es amor?

CARLOS

¡Amor!

No, señora, esto es respeto.

POLILLA

[APARTE.]

¡Cuerpo de Cristo! ¡Qué lindo!

¡Qué bravo botón de fuego!

Échala de ese vinagre

y verás, para su tiempo,

qué bravo escabeche sale.

DIANA

Cintia, ¿has oído a este necio?

¿No es graciosa su locura?

CINTIA

Soberbia es.

DIANA

¿No será bueno

enamorar a este loco?

CINTIA

Sí, mas hay peligro en eso.

DIANA

¿De qué?

CINTIA

Que tú te enamores

si no logras el empeño.

DIANA

Ahora eres tú más necia,  
pues ¿cómo puede ser eso?  
¿No me mueven los rendidos  
y ha de arrastrarme el soberbio?

CINTIA

Esto, señora, es aviso.

DIANA

Por eso he de hacer empeño  
de rendir su vanidad.

CINTIA

Yo me holgaré mucho d'ello.

DIANA

Proseguid la bizarría,  
que yo ahora os la agradezco  
con mayor estimación,  
pues sin amor os la debo.

CARLOS

¿Vós agradecéis, señora?

DIANA

Es porque con vós no hay riesgo.

CARLOS

Pues yo iré a empeñaros más.

DIANA

Y yo voy a agradecerlo.

CARLOS

Pues mirad que no queráis,  
porque cesaré en mi intento.

DIANA

No me costará cuidado.

CARLOS

Pues, siendo así, yo lo acepto.

DIANA

Andad. Venid, Caniquí.

CARLOS

¿Qué decís?

POLILLA

Soy yo ese lienzo.

DIANA

Cintia, rendido has de verle.

CINTIA

Sí será, pero yo temo  
que se te trueque la suerte.

([APARTE.]

Y eso es lo que yo deseo.)

(VANSE.)

DIANA

Mas ¿oís?

CARLOS

¿Qué me queréis?

DIANA

Que si acaso os muda el tiempo...

CARLOS

¿A qué, señora?

DIANA

A querer.

CARLOS

¿Qué he de hacer?

DIANA

Sufrir desprecios.

CARLOS

¿Y si en vós hubiese amor?

DIANA

Yo no querré.

CARLOS

Ansí lo creo.

DIANA

Pues ¿qué pedís?

CARLOS

Por si acaso...

DIANA

Ese acaso está muy lejos.

CARLOS

¿Y si llega?

DIANA

No es posible.

CARLOS

Supongo.

DIANA

Yo lo prometo.

CARLOS

Eso pido.

DIANA

Bien está.

Quede así.

CARLOS

Guárdeos el Cielo.

DIANA

[APARTE.]

Aunque me cueste un cuidado,  
he de rendir este necio.

(VASE.)

POLILLA

Señor, buena va la danza.

CARLOS

Polilla, yo estoy muriendo;

todo mi valor ha habido

menester mi fingimiento.

POLILLA

Señor, llévalo adelante,

y verás si no da fuego.

CARLOS

Eso importa.

POLILLA

Ven, señor,

que ya yo estoy acá dentro.

CARLOS

¿Cómo?  
POLILLA  
Con lo Caniquí,  
me he hecho ya lienzo casero.

## JORNADA II

SALEN CARLOS Y POLILLA.

CARLOS

Polilla amigo, el pesar  
me quitas. Dale a mi amor  
alivio.

POLILLA

Aspacio, señor,  
que hay mucho que confesar.

CARLOS

Dímelo todo, que lucha  
con mi cuidado mi amor.

POLILLA

¿Quieres besarme, señor?  
Apártate allá y escucha.

Lo primero, estos bobazos  
d'estos príncipes, ya sabes  
que en fiestas y asuntos graves  
se están haciendo pedazos.

Fiesta tras fiesta no tarda,  
y con su desdén tirano  
hacer fiestas es en vano,  
porque ella no se las guarda.

Ellos gastan su dinero,  
sin que con ello la obliguen,  
y de enamorarla siguen

el camino carretero;  
y ellos mismos son testigos  
que van mal, que esta mujer  
el alcanzarla ha de ser  
echando por esos trigos.

Y es tan cierta esta opinión,  
que, con tu desdén fingido,  
de tal suerte la has herido,  
que ha pedido confesión;  
y con mi bellaquería  
su pecho ha comunicado,  
como ella me ha imaginado  
doctor d'esta teología.

Para rendirte, un intento  
siempre a preguntarme sale.  
¡Mira tú de quién se vale  
para que se yerre el cuento!

Yo dije con voz madura:  
«Si eso en cuidado te tray,  
para obligarle no hay  
medio como tu hermosura.

Hazle un favor, golpe en bola,  
de cuando en cuando al cuitado,  
y, en viéndole enamorado,  
vuélvete y dile imamóla!».

Ella de mi parecer  
se ha agradado de tal arte,  
que ya está en galantearte.  
Mas ahora es menester  
que con ceño impenetrable,  
aunque parezcas grosero,  
siempre tú estés más entero  
que bolsa de miserable.

No te piques con la salsa,  
no piense tu bobería  
que está la casa vacía

por ver la cédula falsa,  
    porque ella la trae pegada,  
y si tú vas a leella,  
has de hallar que dice en ella:  
«Aquí no se alquila nada».

CARLOS

Y de eso ¿qué ha de sacarse?

POLILLA

Que se pique esta mujer.

CARLOS

Pues ¿cómo puedes saber  
que ha de venir a picarse?

POLILLA

    ¿Cómo picarse? ¡Eso es bueno!

Si ella lo finge diez días  
y tú d'ella te desvías,  
te ha de querer al onceno,  
    a los doce ha de rabiar  
y a los trece me parece  
que, aunque ella se esté en sus trece,  
te ha de venir a rogar.

CARLOS

Yo pienso que dices bien;  
mas yo temo de mi amor  
que si ella me hace un favor  
no sepa hacerla un desdén.

POLILLA

    ¡Qué más dijera una niña!

CARLOS

Pues ¿qué haré?

POLILLA

Mostrarte helado.

CARLOS

¿Cómo, si estoy abrasado?

POLILLA

Beber mucha garapiña.

CARLOS

Yo he de esforzar mi cuidado.

POLILLA

¡Ansí pesia mi memoria,  
que lo mejor de la historia  
es lo que se me ha olvidado!

Ya sabes que ahora son  
Carnestolendas.

CARLOS

¿Y pues?

POLILLA

Que en Barcelona uso es  
d'esta gallarda nación,  
que con fiestas se divierte,  
llevar, sin nota en su fama,  
cada galán a su dama.  
Esto en palacio es por suerte:  
ellas eligen colores,  
pide uno el galán que viene,  
y la dama que le tiene  
va con él, y a hacer favores  
al galán el día la empeña,  
y él se obliga a ser su imán,  
y es gusto, porque hay galán  
que suele ir con una dueña.

Esto supuesto, Diana  
contigo el ir ha dispuesto,  
y no sé, por lograr esto,  
cómo han puesto la pavana;  
ello está trazado ya.

Mas ella sale. Hacia allí  
te esconde, no te halle aquí,  
porque lo sospechará.

CARLOS

Persuade tú a su desvío  
que me enamore.

POLILLA

Es forzoso.

Tú eres enfermo dichoso,  
pues te cura el beber frío.

(SALEN DIANA, CINTIA Y LAURA.)

DIANA

Cintia, este medio he pensado  
para rendirle a mi amor:

yo he de hacerle más favor.

Todas, como os he mandado,

como yo habéis de traer  
cintas de todas colores,

con que al pedir los favores

podréis cualquiera escoger

el galán que os pareciere,  
pues cualquier color que pida

ya la tenéis prevenida;

y la que el de Urgel pidiere,

dejádmela para mí.

CINTIA

Gran vitoria has de alcanzar

si le sabes obligar

a quererte.

DIANA

¿Caniquí?

POLILLA

¡Oh, luz d'este firmamento!

DIANA

¿Qué hay de nuevo?

POLILLA

Me he hecho amigo

de Carlos.

DIANA

Mucho me obligo

de tu cuidado.

POLILLA

Ansí intento  
ser espía y del Consejo.  
([APARTE.]

No es mi prevención muy vana,  
que esto es echarle botana,  
por si se sale el pellejo.)

DIANA

Y ¿no has descubierto nada  
de lo que yo d'él procuro?

POLILLA

¡Ay, señora, está más duro  
que huevo para ensalada!

Pero yo sé tretas bravas  
con que has de hacerle bramar.

DIANA

Pues tú lo has de gobernar.

POLILLA

(¡Ay, pobreta, que te clavas!)

DIANA

Mil escudos te apercibo,  
si tú su desdén allanas.

POLILLA

Sí haré: el emplasto de ranas  
pone por madurativo.

Y si le vieses querer,  
¿qué harás después de tentalle?

DIANA

¿Qué? Ofendelle, desprecialle,  
ajalle y dalle a entender  
que ha de rendir sus sosiegos  
a mis ojos por despojos.

CARLOS

[APARTE.]

¡Fuego de amor en tus ojos!

POLILLA

([APARTE.]

¡Qué gran gusto es ver dos juegos!)

Digo, ¿y no sería mejor,  
después de haberle rendido,  
tener piedad del caído?

DIANA

¿Qué llamas piedad?

POLILLA

De amor.

DIANA

¿Qué es amor?

POLILLA

Digo, querer,  
así al modo de empezar,  
que a questo de pellizcar  
no es lo mismo que comer.

DIANA

¿Qué es lo que dices? ¿Querer?

¿Yo me había de rendir?

Aunque le viera morir,  
no me pudiera mover.

CARLOS

[APARTE.]

¿Hay mujer más singular?

¡Oh, cruel!

POLILLA

[APARTE.]

Déjame hacer,  
que no sólo ha de querer,  
¡vive Dios!, sino envidar.

CARLOS

[APARTE.]

Yo salgo. ¡El alma se abrasa!

POLILLA

Carlos viene.

DIANA

Disimula.

POLILLA

[APARTE.]

¡Lástima es que tome bula!

¡Si supiera lo que pasa!

DIANA

Cintia, avisa cuando es hora  
de ir al sarao.

CINTIA

Ya he mandado  
que estén con ese cuidado.

CARLOS

Y yo el primero, señora,  
vengo, pues es deuda igual,  
a cumplir mi obligación.

DIANA

Pues ¿cómo sin afición  
sois vós el más puntual?

CARLOS

Como tengo el corazón  
sin los cuidados de amar,  
tiene el alma más lugar  
de cumplir su obligación.

POLILLA

Hazle un favorcillo al vuelo,  
por si más grato le ves.

DIANA

Eso procuro.

POLILLA

[APARTE.]

Esto es  
hacerla escupir al cielo.

DIANA

Mucho, no teniendo amor,  
vuestra asistencia me obliga.

CARLOS

Si es mandarme que prosiga,  
sin hacerme ese favor,  
lo haré yo, porque obligada  
a eso mi atención está.

DIANA

Poca lumbre el favor da.

POLILLA

Está la yesca mojada.

DIANA

Luego ¿al favor que os hago  
no le dais estimación?

CARLOS

Eso con veneración,  
mas no con amor, le pago.

POLILLA

[APARTE.]

¡Necio, ni aun así le pagues!

CARLOS

¿Qué quieres? Templá mi ardor,  
aunque es fingido, el favor.

POLILLA

[APARTE.]

Pues enjuágate y no tragues.

DIANA

¿Qué le has dicho?

POLILLA

Que, al oíllos,  
agradezca tus favores.

DIANA

Bien haces.

POLILLA

[APARTE.]

Esto es, señores,  
engañar a dos carrillos.

DIANA

Si yo a querer algún día  
me inclinase, fuera a vós.

CARLOS

¿Por qué?

DIANA

Porque entre los dos  
hay oculta simpatía:

el llevar vós mi opinión  
es ser vós del genio mío;  
y, a sufrirlo mi albedrío,  
fuera a vós mi inclinación.

CARLOS

Pues hicierais mal.

DIANA

No hiciera,  
que sois galán.

CARLOS

No es por eso.

DIANA

¿Por qué?

CARLOS

Porque os confieso  
que yo no os correspondiera.

DIANA

Pues si os viérades amar  
de una mujer como yo,  
¿no me quisiérades?

CARLOS

No.

DIANA

Claro sois.

CARLOS

No sé engañar.

POLILLA

[APARTE.]

¡Oh, pecho heroico y valiente!

Dale por esos ijares.

Si tú no se la pegares,  
me la peguen en la frente.

DIANA

([APARTE.]

Mucho al enojo me acerco.

¡Tal desahogo no he visto!

POLILLA

Desvergüenza es, ¡vive Cristo!

DIANA

¿Has visto tal?

POLILLA

¡Es un puerco!

DIANA

¿Qué haré?

POLILLA

Meterle en la danza  
de amor, y a puro desdén  
quemarle.

DIANA

Tú dices bien,  
que esa es la mayor venganza.)

Yo os tuve por más discreto.

CARLOS

Pues ¿qué he hecho contra razón?

DIANA

¡Eso es ya desatención!

CARLOS

No ha sido sino respecto.

Y porque veáis que es error

que haya en el mundo quien crea  
que el que quiere lisonjea,  
oíd de mí lo que es amor.

Amar, señora, es tener  
inflamado el corazón  
con un deseo de ver  
a quien causa esta pasión,  
que es la gloria del querer.

Los ojos, que se agradaron  
de algún sujeto que vieron,  
al corazón trasladaron  
las especies que cogieron  
y esta inflamación causaron.

Su hidrópico ardor procura  
apagar de sus antojos  
la sed viendo la hermosura;  
mas crece la calentura  
mientras más beben los ojos.

Siendo esta fiebre mortal,  
quien corresponde al amor  
bien se ve que es desleal,  
pues le remedia el dolor,  
dando más fuerzas al mal.

Luego el que amado se viere,  
no obliga en corresponder,  
si daña, como se infiere.  
Pues oíd cómo en querer  
tampoco obliga el que quiere.

Quien ama con fe más pura  
pretende de su pasión  
aliviar la pena dura  
mirando aquella hermosura  
que adora su corazón.

El contento de miralla  
le obliga al ansia de vella:  
esto, en rigor, es amalla;

luego aquel gusto que halla  
le obliga solo a querella.

Y esto mejor se percibe  
del que aborrecido está,  
pues aquél amando vive,  
no por el gusto que da,  
sino por el que recibe.

Los que aborrecidos son  
de la dama que apetecen,  
no sienten la desazón  
porque causa su pasión,  
sino porque ellos padecen.

Luego si por su tormento  
el desdén siente quien ama,  
el que quiere más atento  
no quiere el bien de su dama,  
sino su propio contento.

A su propia conveniencia  
dirige Amor su fatiga;  
luego es clara consecuencia  
que ni con amor se obliga,  
ni con su correspondencia.

DIANA

El amor es una unión  
de dos almas, que su ser  
truecan por transformación,  
donde es fuerza que ha de haber  
gusto, agrado y elección.

Luego si el gusto es después  
del agrado y la elección,  
y ésta voluntaria es,  
ya le debo obligación,  
si no amante, de cortés.

CARLOS

Si vuestra razón infiere  
que el que ama hace obligación,

¿por qué os ofende el que quiere?

DIANA

Porque yo tendré razón  
para lo que yo quisiera.

CARLOS

Y ¿qué razón puede ser?

DIANA

Yo otra razón no prevengo  
más que quererla tener.

CARLOS

Pues esa es la que yo tengo  
para no corresponder.

DIANA

¿Y si acaso el tiempo os muestra  
que vence vuestra porfía?

CARLOS

Siendo una la razón nuestra,  
si se venciere la mía,  
no es muy segura la vuestra.

(SUENAN LOS INSTRUMENTOS.)

LAURA

Señora, los instrumentos  
ya de ser hora dan señas  
de comenzar el sarao  
para las Carnestolendas.

POLILLA

Y ya los príncipes vienen.

DIANA

Tened todas advertencia  
de prevenir los colores.

POLILLA

¡Ah, señor, estar alerta!

CARLOS

¡Ay, Polilla, lo que finjo  
toda una vida me cuesta!

POLILLA

Calla, que de enamoralla  
te hartarás al ir con ella,  
por la obligación del día.

CARLOS

Disimula, que ya llegan.

(SALEN LOS PRÍNCIPES Y LOS MÚSICOS CANTANDO.)

MÚSICOS

Venid los galanes  
a elegir las damas,  
que en Carnestolendas  
Amor se disfraza.

Falarala, larala, etc.

BEARNE

Dudoso vengo, señora,  
pues, teniendo corta estrella,  
vengo fiado en la suerte.

DON GASTÓN

Aunque mi duda es la misma,  
el elegir la color  
me toca a mí, que el ser buena,  
pues le toca a mi fortuna,  
ella debe cuidar d'ella.

DIANA

Pues sentaos, y cada uno  
elija color, y sea  
como es uso, previniendo  
la razón para escogella,  
y la dama que le tiene  
salga con él, siendo deuda  
el enamorarla en él  
y el favorecerle en ella.

MÚSICOS

Venid los galanes  
a elegir las damas, [etc.]

BEARNE

Esta es acción de fortuna,  
y ella, por ser loca y ciega,  
siempre le da lo mejor  
a quien menos partes tenga.  
Por ser yo el de menos partes,  
es forzoso que aquí sea  
quien tiene más esperanza,  
y así el escoger es fuerza  
el color verde.

CINTIA

([APARTE.]

Si yo  
escojo de lo que queda,  
después de Carlos, yo elijo  
al de Bearne.) Yo soy vuestra,  
que tengo el verde. Tomad.  
(DALE UNA CINTA VERDE.)

BEARNE

Corona, señora, sea  
de mi suerte el favor vuestro,  
que, a no serlo, elección fuera.

(DANZAN UNA MUDANZA Y PÓNENSE MASCARILLAS Y RETÍRANSE A UN LADO, QUEDANDO  
EN PIE.)

MÚSICOS

Vivan los galanes  
con sus esperanzas,  
que para ser dichas  
el tenerlas basta.

Falarala, larala, [etc.]

DON GASTÓN

Yo nunca tuve esperanza,  
sino envidia, pues cualquiera  
debe más favor que yo

a las luces de su estrella;  
y, pues siempre estoy celoso,  
azul quiero.

FENISA

Yo soy vuestra,  
que tengo el azul. Tomad.

(DALE UNA AZUL.)

DON GASTÓN

Mudar de color pudiera,  
pues ya, señora, mi envidia  
con tan buena suerte cesa.

(DANZAN, Y RETÍRANSE.)

MÚSICOS

No cesan los celos  
por lograr la dicha,  
pues los hay entonces  
de los que la envidian.

Falarala, falarala, [etc.]

POLILLA

Y yo ¿he de elegir color?

DIANA

Claro está.

POLILLA

Pues vaya fuera,  
que ya salirme quería  
a la cara, de vergüenza.

DIANA

¿Qué color pides?

POLILLA

Yo tengo  
hecho el buche a damas feas,  
de suerte que habrá de ser  
muy mala la que me quepa.  
De las damas que aquí miro  
no hay ninguna que no sea

como una rosa, y pues yo  
la he de hacer mala por fuerza,  
por si ella es como una rosa,  
yo la quiero rosa seca.

Rosa seca, sal acá.

¿Quién le tiene?

LAURA

Yo soy vuestra,  
que tengo el color. Tomad.

(DALE UNA CINTA.)

POLILLA

¿Yo aquí he de favorecerla  
y ella a mí ha de enamorarme?

LAURA

No, sino al revés.

POLILLA

Pues vuelta:  
enamóreme al revés.

LAURA

Que no ha de ser eso, bestia,  
sino enamorarme tú.

POLILLA

¿Yo? Pues toda la manteca,  
hecha pringue en la sartén,  
a tu blancura no llega,  
ni con tu pelo se iguala  
la frisa de la bayeta,  
ni dos ojos de jabón  
más que los tuyos blanquean;  
ni siete bocas hermosas,  
las unas tras otras puestas,  
son tanto como la tuya;  
y no hablo de pies y piernas,  
porque no hilo tan delgado,  
que aunque yo con tu belleza

he caído, no he caído,  
pues no cae el que no peca.

(DANZAN Y RETÍRANSE.)

MÚSICOS

Quien a rosas secas  
su elección inclina,  
tiene amor de rosas  
y temor de espinas.

Falarala, [etc.]

CARLOS

Yo a elegir quedo el postrero,  
y ha sido por la violencia  
que me hace la obligación  
de haber de fingir finezas;  
y pues ir contra el dictamen  
del pecho es enojo y pena,  
para que lo signifique,  
de los colores que quedan,  
pido el color nacarado.

¿Quién le tiene?

DIANA

Yo soy vuestra,  
que tengo el nácar. Tomad.

(DALE UNA CINTA DE NÁCAR.)

CARLOS

Si yo, señora, supiera  
el acierto de mi suerte,  
no tuviera por violencia  
fingir amor, pues ahora  
le debo tener de veras.

(DANZAN Y RETÍRANSE.)

MÚSICOS

Iras significa  
el color de nácar;

el desdén no es ira;  
quien tiene iras ama.

Falarala, [etc.]

POLILLA

Ahora te puedes dar  
un hartazgo de finezas:  
come para quince días,  
mas no te ahítes con ellas.

DIANA

Guíe la música, pues,  
a la plaza de las fiestas,  
y ya galanes y damas  
vayan cumpliendo la deuda.

MUSICOS

Vayan los galanes  
todos con sus damas,  
que en Carnestolendas  
Amor se disfraza.

Falarala, [etc.]

(VANSE TODOS DE DOS EN DOS, Y AL ENTRAR SE DETIENEN DIANA Y CARLOS.)

DIANA

([APARTE.]

Yo he de rendir este hombre,  
o he de condenarme a necia.)  
¡Qué tibio galán hacéis!  
Bien se ve en vuestra tibieza  
que es violencia enamorar;  
y siendo el fingirlo fuerza,  
no saberlo hacer no es falta  
de amor, sino de agudeza.

CARLOS

Si yo hubiera de fingirlo  
no tan remiso estuviera,  
que donde no hay sentimiento  
está más prompta la lengua.

DIANA

Luego ¿estáis enamorado  
de mí?

CARLOS

Si no lo estuviera,  
no me atara este temor.

DIANA

¿Qué decís? ¿Habláis de veras?

CARLOS

Pues si el alma lo publica,  
¿puede fingirlo la lengua?

DIANA

Pues ¿no dijistes que vós  
no podéis querer?

CARLOS

Eso era  
porque no me había tocado  
el veneno d'esta flecha.  
¿Qué flecha?

CARLOS

La d'esta mano,  
que el corazón me atraviesa;  
y, como el pez que introduce  
su venenosa violencia  
por el hilo y por la caña  
y al pescador pasma y hiela  
el brazo con que la tiene,  
a mí el alma me penetra  
el dulce, ardiente veneno  
que de vuestra mano bella  
se introduce por la mía  
y hasta el corazón me llega.

DIANA

([APARTE.]

Albricias, ingenio mío,

que ya rendí su soberbia.  
Ahora probará el castigo  
del desdén de mi belleza.)  
Que, en fin, ¿vós no imaginábais  
querer, y queréis de veras?

CARLOS

Toda el alma se me abrasa,  
todo mi pecho es centellas.  
Temple en mí vuestra piedad  
este ardor que me atormenta.

DIANA

Soltad. ¿Qué decís? Soltad.

(QUÍTASE LA MASCARILLA DIANA Y SUÉLTALE LA MANO.)

¿Yo favor? La pasión ciega  
para el castigo os disculpa,  
mas no para la advertencia.  
¿A mí me pides favor  
diciendo que amáis de veras?

CARLOS

[APARTE.]

¡Cielos, yo me despeñé!  
Pero válgame la enmienda.

DIANA

¿No os acordáis de que os dije  
que en queriéndome era fuerza  
que sufriéseis mis desprecios  
sin que os valiese la queja?

CARLOS

Luego ¿de veras habláis?

DIANA

Pues ¿vós no queréis de veras?

CARLOS

¿Yo, señora? Pues ¿se pudo  
trocar mi naturaleza?

¿Yo querer de veras? ¿Yo?

¡Jesús, qué error! ¿Eso piensa  
vuestra hermosura? ¿Yo amor?  
Pues, cuando yo le tuviera,  
de vergüenza le callara.  
Esto es cumplir con la deuda  
de la obligación del día.

DIANA

¿Qué decís? ¡Yo estoy muerta!  
¿Que no es de veras? ¿Qué escucho?  
Pues ¿cómo aquí?

([APARTE.]

¡Hablar no acierta  
mi vanidad, de corrida!)

CARLOS

Pues vos, siendo tan discreta,  
¿no conocéis que es fingido?

DIANA

Pues ¿aquello de la flecha,  
del pez, el hilo y la caña,  
y decir que el desdén era  
porque no os había tocado  
del veneno la violencia?

CARLOS

Pues eso es fingirlo bien.  
¿Tan necio queréis que sea  
que cuando a fingir me pongo  
lo finja sin apariencias?

DIANA

[APARTE.]

¿Qué es esto que me sucede?  
¿Yo he podido ser tan necia  
que me haya hecho este desaire?  
Del incendio d'esta afrenta  
el alma tengo abrasada.  
Mucho temo que lo entienda.

Yo he de enamorar a este hombre,  
si toda el alma me cuesta.

CARLOS

Mirad que esperan, señora.

DIANA

([APARTE.]

¡Que a mí este error me suceda!)

Pues ¿cómo vos...?

CARLOS

¿Qué decís?

DIANA

([APARTE.]

¿Qué iba yo a hacer? ¡Ya estoy ciega!)

Poneos la máscara y vamos.

CARLOS

[APARTE.]

No ha sido mala la emienda.

¿Así trata el rendimiento?

¡Ah, cruel! ¡Ah, ingrata! ¡Ah, fiera!

¡Yo echaré sobre mi fuego  
toda la nieve del Etna!

DIANA

Cierto que sois muy discreto,  
y lo fingís de manera  
que lo tuve por verdad.

CARLOS

Cortesanía fue vuestra  
el fingiros engañada,  
por favorecer con ella;  
que con eso habéis cumplido  
con vuestra naturaleza  
y la obligación del día,  
pues fingiendo la cautela  
de engañaros, porque a mí

me dais crédito con ella,  
favorecéis el ingenio  
y despreciáis la fineza.

DIANA

([APARTE.]

Bien agudo ha sido el modo  
de motejarme de necia;  
mas así le he de engañar.)  
Venid, pues, y aunque yo sepa  
que es fingido, proseguid,  
que eso a estimaros me empeña  
con más veras.

CARLOS

¿De qué suerte?

DIANA

Hace a mi desdén más fuerza  
la discreción que el amor,  
y me obligáis más con ella.

CARLOS

[APARTE.]

¡Quién no entendiese tu intento!  
Yo le volveré la flecha.

DIANA

¿No proseguís?

CARLOS

No, señora.

DIANA

¿Por qué?

CARLOS

Me ha dado tal pena  
el decirme que os obligo,  
que me ha hecho perder la senda  
del fingirme enamorado.

DIANA

Pues vós ¿qué perder pudierais

en tenerme a mí obligada  
con vuestra atención discreta?

CARLOS

Arriesgarme a ser querido.

DIANA

Pues ¿tan mal os estuviera?

CARLOS

Señora, no está en mi mano;  
y si yo en eso me viera,  
fuera cosa de morirme.

DIANA

([APARTE.]

¡Que esto escuche mi belleza!)

Pues ¿vós presumís que yo  
puedo quererlos?

CARLOS

Vós mesma

decís que la que agradece  
está de querer muy cerca;  
pues quien confiesa que estima,  
¿qué falta para que quiera?

DIANA

Menos falta para injuria  
a vuestra loca soberbia;  
y eso poco que le falta,  
pasando ya de grosera,  
quiero excusar en dejaros.

Idos.

CARLOS

Pues ¿cómo a la fiesta  
queréis faltar? ¿Puede ser  
sin dar causa a otra sospecha?

DIANA

Ese riesgo a mí me toca.  
Decid que estoy indispuesta,

que me ha dado un accidente.

CARLOS

Luego con eso licencia  
me dais para no asistir.

DIANA

Si os mando que os vais, ¿no es fuerza?

CARLOS

Me habéis hecho un gran favor.

Guarde Dios a Vuestra Alteza.

(VASE.)

DIANA

¿Qué es lo que pasa por mí?  
¡Tan corrida estoy, tan ciega,  
que si supiera algún medio  
de triunfar de su soberbia,  
aunque arriesgara el respeto,  
por rendirle a mi belleza,  
a costa de mi decoro  
comprara la diligencia!

(SALE POLILLA.)

POLILLA

¿Qué es esto, señora mía?  
¿Cómo se ha agitado la fiesta?

DIANA

Hame dado un accidente.

POLILLA

Si es cosa de la cabeza,  
dos parches de tacamaca,  
y que te traigan las piernas.

DIANA

No tienen piernas las damas.

POLILLA

Pues por esa razón mesma  
digo yo que te las traigan.  
Mas ¿qué ha sido tu dolencia?

DIANA

Aprieto del corazón.

POLILLA

¡Jesús! Pues si no es más de esa,  
sangrarte y purgarte luego,  
y echarte unas sanguijuelas,  
dos docenas de ventosas,  
y al instante estarás buena.

DIANA

Caniquí, yo estoy corrida  
de no vencer la tibieza  
de Carlos.

POLILLA

Pues ¿eso dudas?  
¿Quieres que por ti se pierda?

DIANA

Pues ¿cómo se ha de perder?

POLILLA

Hazle que tome una renta.  
Pero, de veras hablando,  
tú, señora, ¿no deseas  
que se enamore de ti?

DIANA

Toda mi corona diera  
por verle morir de amor.

POLILLA

Y ¿es eso cariño o tema?  
La verdad, ¿te entra el Carlillos?

DIANA

¿Qué es cariño? Yo soy peña.  
Para abrasarle a desprecios,  
a desaires y a violencias,  
lo deseo sólo.

POLILLA

[APARTE.]

¡Zape!

Aún está verde la breva;  
mas ella madurará,  
como hay muchachos y piedras.

DIANA

Yo sé que él gusta de oír  
cantar.

POLILLA

Mucho, como sea  
la Pasión o algún buen salmo  
cantado con castañetas.

DIANA

¿Salmo? ¿Qué dices?

POLILLA

Es cosa,  
señora, que esto le eleva.  
Lo que es música de salmos,  
pierde su juicio por ella.

DIANA

Tú has de hacer por mí una cosa.

POLILLA

¿Qué?

DIANA

Abierta hallarás la puerta  
del jardín; yo con mis damas  
estaré allí, y, sin que él sepa  
que es cuidado, cantaremos;  
tú has de decir que le llevas  
porque nos oiga cantar,  
diciendo que, aunque le vean,  
a ti te echarán la culpa.

POLILLA

Tú has pensado brava treta,  
porque en viéndote cantar  
se ha de hacer una jalea.

DIANA

Pues ve a buscarle al momento.

POLILLA

Llevaréle con cadena.

A oír cantar irá el otro  
tras un entierro; mas sea  
buen tono.

DIANA

¿Qué te parece?

POLILLA

Alguna cosa burlesca  
que tenga mucha alegría.

DIANA

¿Como qué?

POLILLA

Un *requiem aeternam*.

DIANA

Mira que voy al jardín.

POLILLA

Pues ponte como una Eva,  
para que caiga este Adán.

DIANA

Allá espero.

(VASE.)

POLILLA

¡Norabuena,  
que tú has de ser la manzana  
y has de llevar la culebra!  
Señores, ¡que estas locuras  
ande haciendo una Princesa!  
Mas, quien tiene la mayor,  
¿qué mucho que estotras tenga?  
Porque las locuras son  
como un plato de cerezas,  
que en tirando de la una,  
las otras se van tras ella.

(SALE CARLOS.)

CARLOS

¿Polilla amigo?

POLILLA

Carlos, ¡bravo cuento!

CARLOS

Pues ¿qué ha habido de nuevo?

POLILLA

Vencimiento.

CARLOS

Pues tú ¿qué has entendido?

POLILLA

Que, para enamorarte, me ha pedido  
que te lleve al jardín, donde has de vella  
más hermosa y brillante que una estrella,  
cantando con sus damas;  
que, como te imagina duro tanto,  
ablandarte pretende con el canto.

CARLOS

¿Eso hay? Mucho lo extraño.

POLILLA

Mira si es liviandad de buen tamaño,  
y si está ya hartos ciega,  
pues esto hace y de mí a fiarlo llega.

(TAÑEN DENTRO.)

CARLOS

Ya escucho el instrumento.

POLILLA

Esta ya es tuya.

CARLOS

Calla, que cantan ya.

POLILLA

Pues ¡ialeluya!

(CANTAN.)

Olas eran de zafir  
las del mar sola esta vez,  
con el que siempre le aclaman  
los mares segundo rey.

POLILLA

Vamos, señor.

CARLOS

¿Qué dices? Que yo muero.

POLILLA

Deja eso a los pastores del Arcadia  
y vámonos allá, que esto es primero.

CARLOS

Y ¿qué he de hacer?

POLILLA

Entrar y no miralla  
y divertirte con la copia bella  
de flores; y aunque ella  
se haga rajás cantando, no escuchalla,  
por que se abraze.

CARLOS

No podré emprendello.

POLILLA

¿Cómo no? ¡Vive Cristo que has de hacello,  
o te tengo de dar con esta daga  
que traigo para eso, que esta llaga  
se ha de curar con escozor.

CARLOS

No intentes  
eso, que no es posible que lo allanes.

POLILLA

Señor, tú has de sufrir polvos de Joanes,  
que toda el alma tienes ya podrida.

(CANTAN DENTRO.)

CARLOS

Otra vez cantan; oye, por tu vida.

POLILLA

¡Pesia mi alma, vamos,  
no en eso tiempo pierdas!

CARLOS

Atendamos,  
que luego entrar podemos.

POLILLA

Allá, desde más cerca, escucharemos.  
¡Anda con Barrabás!

CARLOS

Oye primero.

POLILLA

Has de entrar, ¡vive Dios!

CARLOS

Oye.

POLILLA

No quiero.

(MÉTELE A EMPUJONES.)

(SALEN DIANA Y TODAS LAS DAMAS EN GUARDAPIESES Y JUSTILLOS, CANTANDO.)

DAMAS

Olas eran de zafir  
las del mar sola esta vez,  
con el que siempre le aclaman  
los mares segundo rey.

DIANA

¿No habéis visto entrar a Carlos?

CINTIA

No sólo no le hemos visto,  
mas ni aun de que venir pueda  
en el jardín hay indicio.

DIANA

Laura, ten cuenta si viene.

LAURA

Ya yo, señora, lo miro.

DIANA

Aunque arriesgue mi decoro,  
he de vencer sus desvíos.

LAURA

Cierto, que estás tan hermosa,  
que ha de faltarle el sentido  
si te ve y no se enamora.  
Mas, señora, ya le he visto,  
ya está en el jardín.

DIANA

¿Qué dices?

LAURA

Que con Caniquí ha venido.

DIANA

Pues volvamos a cantar,  
y sentaos todas conmigo.

(SIÉNTANSE TODAS, Y SALEN POLILLA Y CARLOS.)

POLILLA

No te derritas, señor.

CARLOS

Polilla, ¿no es un prodigio  
su belleza? En aquel traje  
doméstico es un hechizo.

POLILLA

¡Qué bravas están las damas  
en guardapiés y justillo!

CARLOS

¿Para qué son los adornos  
donde hay sin ellos tal brío?

POLILLA

Mira: éstas son como el cardo,  
que el hortelano advertido  
le deja las pencas malas,  
que, aunque no son de servicio,  
abultan para venderle;  
pero, después de vendido,

sólo se come el cogollo.  
Pues las damas son lo mismo:  
lo que se come es aquesto,  
que el moño y el artificio  
de las faldas son las pencas  
que se echan a los borricos.  
Pero vuelve allá la cara,  
no mires, que vas perdido.

CARLOS

Polilla, no he de poder.

POLILLA

¿Qué llamas no? ¡Vive Cristo  
que has de meterte la daga  
si vuelves!

(PÓNELE LA DAGA A LA CARA.)

CARLOS

Ya no la miro.

POLILLA

Pues la estás oyendo, engaña  
los ojos con los oídos.

CARLOS

Pues vámonos alargando,  
porque si canta, el no oírlo  
no parezca que es cuidado,  
sino divertirme el sitio.

CINTIA

Ya te escucha, cantar puedes.

DIANA

Ansí vencerle imagino.

(CANTAN.)

El que sólo de su abril  
escogió mayo cortés,  
por gala de su esperanza,  
las flores de su desdén...

DIANA

¿No ha vuelto a oír?

LAURA

No, señora.

DIANA

¿Cómo no? Pues ¿no me ha oído?

CINTIA

Puede ser, porque está lejos.

CARLOS

En toda mi vida he visto  
más bien compuesto jardín.

POLILLA

Vaya d'eso, que eso es lindo.

DIANA

El jardín está mirando:

¿este hombre está sin sentido?

¿Qué es esto? Cantemos todas

para ver si vuelve a oírnos.

(CANTAN TODAS.)

A tan dichoso favor  
sirva tan florido mes;  
por gloria de sus trofeos,  
rendido le bese el pie.

CARLOS

¡Qué bien hecho está aquel cuadro  
de sus armas! ¡Qué pulido!

POLILLA

Harto más pulido es eso.

DIANA

¡Que esto escucho! ¡Que esto miro!

¿Los cuadros está alabando  
cuando yo canto?

CARLOS

No he visto  
hiedra más bien enlazada.  
¡Qué hermoso verde!

POLILLA

Eso pido:

date en lo verde, que engordas.

DIANA

No me ha visto o no me ha oído.

Laura, al descuido le advierte  
que estoy yo aquí.

(LEVÁNTASE LAURA.)

CINTIA

[APARTE.]

Este capricho

la ha de despeñar a amar.

LAURA

Carlos, estad advertido  
que está aquí dentro Diana.

CARLOS

Tiene aquí un famoso sitio:  
los laureles están buenos;  
pero entre aquellos jacintos,  
aquel pie de guindo afea.

POLILLA

¡Oh, qué lindo pie de guindo!

DIANA

¿No se lo advertiste, Laura?

LAURA

Ya, señora, se lo he dicho.

DIANA

Ya no yerra de ignorancia;  
pues ¿cómo está divertido?

(PASAN POR DELANTE DELLAS, LLEVÁNDOLE POLILLA LA DAGA JUNTO A LA CARA, POR  
QUE NO VUELVA.)

POLILLA

Señor, por aquesta calle  
pasa sin mirar.

CARLOS

Rendido

estoy a mi resistencia;

volver temo.

POLILLA

¡Ten, por Cristo,

que te herirás con la daga!

CARLOS

Yo no puedo más, amigo.

POLILLA

Hombre, mira que te clavas.

CARLOS

¿Qué quieres? Ya me he vencido.

POLILLA

Vuelve por estotro lado.

CARLOS

¿Por acá?

POLILLA

Por allá digo.

DIANA

¿No ha vuelto?

LAURA

Ni lo imagina.

DIANA

Yo no creo lo que miro;

Fenisa, ve tú al descuido,

y vuelve a darle el aviso.

(LEVÁNTASE FENISA.)

POLILLA

Otro correo dispara,

mas no dan lumbre los tiros.

FENISA

¿Carlos?

CARLOS

¿Quién llama?

POLILLA

¿Quién es?

FENISA

Ved que Diana os ha visto.

CARLOS

Admirado d'esta fuente,  
en verla me he divertido  
y no había visto a Su Alteza;  
decid que ya me retiro.

DIANA

¡Cielos! sin duda se va.  
Oíd, escuchad, a vós digo.  
(LEVÁNTASE.)

CARLOS

¿A mí, señora?

DIANA

Sí, a vós.

CARLOS

¿Qué mandáis?

DIANA

¿Cómo, atrevido,  
habéis entrado aquí dentro,  
sabiendo que en mi retiro  
estaba yo con mis damas?

CARLOS

Señora, no os había visto:  
la hermosura del jardín  
me llevó, y perdón os pido.

DIANA

(Esto es peor, que aun no dice  
que para escucharme vino.)

Pues ¿no me oístes?

CARLOS

No, señora.

DIANA

No es posible.

CARLOS

Un yerro ha sido,  
que sólo enmendarse puede  
con no hacer más el delito.

(VASE.)

CINTIA

Señora, este hombre es un tronco.

DIANA

Dejadme, que sus desvíos  
el sentido han de quitarme.

CINTIA

([APARTE.]

Laura, esto va ya perdido.

LAURA

Si ella no está enamorada  
de Carlos, ya va camino.)

(VASE.)

DIANA

¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?

Un Etna es cuanto respiro.

¡Yo despreciada!

POLILLA

Eso sí,

¡pesia su alma!, dé brincos.

DIANA

¿Caniquí?

POLILLA

¿Señora mía?

DIANA

¿Qué es esto? ¿Este hombre no vino  
a escucharme?

POLILLA

Sí, señora.

DIANA

Pues ¿cómo no ha vuelto a oírlo?

POLILLA

Señora, es loco de atar.

DIANA

Pues ¿qué respondió o qué dijo?

POLILLA

Es vergüenza.

DIANA

Dilo, pues.

POLILLA

Que cantabais como niños  
de escuela y que no quería  
escucharos.

DIANA

¿Eso ha dicho?

POLILLA

Sí, señora.

DIANA

¿Hay tal desprecio?

POLILLA

Es un bobo.

DIANA

¡Estoy sin juicio!

POLILLA

No hagas caso...

DIANA

¡Estoy mortal!

POLILLA

Que es un bárbaro.

DIANA

Eso mismo

me ha de obligar a rendirle,  
si muero por conseguirlo.

(VASE.)

POLILLA

¡Buena va la danza, alcalde,  
y da en la albarda el granizo!

## JORNADA III

SALEN CARLOS, POLILLA, DON GASTÓN Y EL DE BEARNE.

BEARNE

Carlos, nuestra amistad nos da licencia  
de valernos de vós para este intento.

CARLOS

Ya sabéis que es segura mi obediencia.

BEARNE

En fe de eso, os consulto el pensamiento.

POLILLA

Va de consulta, y salga la propuesta,  
que todo lo demás es molimiento.

BEARNE

Ya vós sabéis que no ha quedado fiesta,  
fineza, ostentación, galantería,  
que no haya sido de los tres compuesta  
para vencer la injusta antipatía  
que nos tiene Diana, sin debella  
ni aun lo que debe dar la cortesía.

Pues habiendo salido vós con ella,  
la obligación y el uso de la suerte,  
por no favoreceros, atropella,

y la alegría del festín convierte  
en queja de sus damas y en desprecio  
de nosotros, si el término se advierte.

Y de nuestro decoro haciendo aprecio,

más que de nuestro amor, nos ha obligado  
solamente a vencer su desdén necio;  
y el gusto quedará desempeñado  
de los tres, si la viésemos vencida  
de cualquiera de todos al cuidado.

Para esto, pues, traemos prevenida  
yo y don Gastón la industria que os diremos,  
que si a esta flecha no quedare herida,  
no queda ya camino que intentemos.

CARLOS

¿Qué es la industria?

DON GASTÓN

Que pues para estos días  
todos por suerte ya damas tenemos,  
prosigamos en las galanterías  
todos sin hacer caso de Diana,  
pues ella se escusó con sus porfías.

Que si a ver llega su altivez tirana,  
por su desdén, su adoración perdida,  
si no de amante, se ha de herir de vana;  
y en conociendo indicios de la herida,  
nuestras finezas han de ser mayores,  
hasta tenerla en su rigor vencida.

POLILLA

No es ése mal remedio, mas, señores,  
eso es lo mismo que a cualquier doliente  
el quitarle la cena los doctores.

BEARNE

Pero si no es remedio suficiente,  
cuando no alivie o temple la dolencia,  
sirve de que no crezca el accidente.

Si a Diana la ofende la decencia  
con que la festejamos, porfialla  
sólo será crecer su resistencia.

Ya no queda más medio que dejalla;  
pues si la ley que dio Naturaleza

no falta en ella, así hemos de obligalla,  
porque en viendo perdida la fineza  
la dama, aun de aquel mismo que aborrece,  
sentirlo es natural en la belleza.

Que la veneración de que carece,  
aunque el gusto cansado la desprecia,  
la vanidad del alma la apetece;

y si le falta lo que el alma aprecia,  
aunque lo calle allá su sentimiento,  
la estará a solas condenando a necia.

Y cuando no se logre el pensamiento  
de obligarla a querer, en que lo sienta  
queda vengado bien nuestro tormento.

CARLOS

Lo que, ofendido, vuestro amor intenta,  
por dos causas de mí queda aceptado:  
una, el ser fuerza que ella lo consienta,  
porque eso su desdén nos ha mandado;  
y otra, que, sin amor, ese desvío  
no me puede costar ningún cuidado.

BEARNE

Pues la palabra os tomo.

CARLOS

Yo la fío.

BEARNE

Y aun de Diana el nombre a nuestro labio  
desde aquí le prohíba el albedrío.

DON GASTÓN

Ese contra el desdén es medio sabio.

CARLOS

Digo que de mi parte lo prometo.

BEARNE

Pues vós veréis vengado nuestro agravio.

DON GASTÓN

Vamos y, aunque se ofenda su respeto,  
en festejar las damas prosigamos

con más finezas.

CARLOS

Yo el desvío acepto.

BEARNE

Pues si a un tiempo todos la dejamos,  
cierto será el vencerla.

CARLOS

Ansí lo creo.

BEARNE

Vamos, pues, don Gastón.

DON GASTÓN

Bearne, vamos.

BEARNE

Logrado habéis de ver nuestro deseo.

(VANSE.)

POLILLA

Señor, esta es brava traza  
y medida a tu deseo,  
que esto es echarte el ojeo,  
por que tú mates la caza.

CARLOS

Polilla, ¡mujer terrible!  
¡Que aun no quiera tan picada!

POLILLA

Señor, ella está abrasada,  
mas rendirse no es posible.

Ella te quiere, señor,  
y dice que te aborrece,  
mas lo que ira le parece  
es quintaesencia de amor;  
porque, cuando una mujer  
de los desdenes se agravia,  
bien puede llamarlo rabia,  
mas es rabiarse por querer.

Día y noche está tratando

cómo vengar su congoja;  
mas no temas que te coja,  
que ella te dará bien blando.

CARLOS

¿Qué dice de mí?

POLILLA

Te acusa,  
dice que eres un grosero,  
desatento, majadero.

Y yo, que entiendo la musa,  
digo: «Señora, es un loco,  
un sucio»; y ella después  
vuelve por ti y dice: «No es,  
que ni tanto ni tan poco».

En fin, por que sus desvelos  
no se logren, yo imagino  
que ahora toma otro camino  
y quiere picarte a celos.

Conoce tú la varilla;  
y si acaso te la echa,  
disimula y di a la flecha,  
riendo: «Hágote cosquilla»,  
que ella te se vendrá al ruego.

CARLOS

¿Por qué?

POLILLA

Porque, aunque se enoje,  
quien cuando siembra no coge,  
va a pedir limosna luego;

esto es, señor, evidencia.

Lope, el fénix español,  
de los ingenios el sol,  
lo dijo en este sentencia:

«Quien tiene celos y ofende,  
¿qué pretende?

La venganza de un desdén;

y si no le sale bien,  
vuelve a comprar lo que vende.»

Mas ya los príncipes van  
sus músicas previniendo.

CARLOS

Irme con ellos pretendo.

POLILLA

Con eso juego te dan.

CARLOS

Diana viene.

POLILLA

Pues cuidado

y escápate.

CARLOS

Voyme luego.

(VASE.)

POLILLA

Vete, que, si nos ve el juego,  
perderemos lo envidado.

(CANTAN DENTRO, Y VA SALIENDO DIANA.)

MÚSICOS

Pastores, Cintia me mata;

Cintia es mi muerte y mi vida;

yo de ver a Cintia vivo

y muero por ver a Cintia.

DIANA

¡Tanta Cintia!

POLILLA

Es el reclamo

del bearnés.

DIANA

¡Finezas necias!

POLILLA

(APARTE.)

Todo esto es echar especias  
al guisado de mi amo.

DIANA

Por no ver estas contiendas  
de que a sus damas alaben,  
deseo ya que se acaben  
aquestas Carnestolendas.

POLILLA

Eso es ya rigor tirano.  
Deja, señora, querer,  
si no quieres; que eso es ser  
el perro del hortelano.

DIANA

Pues ¿no es cosa muy cansada  
oír músicas precisas  
de Cintias, Lauras, Fenisas,  
cada instante?

POLILLA

Si te enfada  
ver tu nombre en verso escrito,  
¿qué han de hacer sino *cintiar*,  
*laurear* y *fenisar*,  
que *dianar* es delito?

Y el bearnés tan fino está  
con Cintia, que está en su pecho,  
que una gran décima ha hecho.

DIANA

Y ¿cómo dice?

POLILLA

Allá va.

«Cintia el mandamiento quinto  
quebró en mí, como saeta;  
Cintia es la que a mí me aprieta,  
y yo soy de Cintia el cinto.  
Cintia y cinta no es distinto;  
y pues Cintia es semejante

a cinta, soy fino amante,  
pues traigo cinta en la liga.  
Y esta décima la diga  
Cintor el representante.»

DIANA

Bien por cierto; mas ya suena  
otra música.

POLILLA

Y galante.

DIANA

Ésta será de otro amante.

POLILLA

Reventando está de pena.

MÚSICOS

(APARTE.)

No iguala a Fenisa el fénix,  
que, si él muere y resucita,  
Fenisa da vida y mata;  
más que el fénix es Fenisa.

DIANA

¡Qué finos están!

POLILLA

¡Jesús!

Mucha cosa, y aún mi pecho.  
Oye lo que a Laura he hecho.

DIANA

¿También das músicas?

POLILLA

Pus.

Laura, en rigor, es laurel;  
y pues Laura a mí me plugo,  
yo tengo de ser besugo,  
por escabecharme en él.

DIANA

Y Carlos ¿no me pudiera

dar música a mí también?

POLILLA

Si él llegara a querer bien,  
sin duda se te atreviera;  
mas él no ama, y tú el concierto  
de que te dejase hiciste,  
con que al punto que dijiste:  
«Id con Dios», vio el Cielo abierto.

DIANA

Que lo dije así confieso;  
mas él porfiar debía,  
que aquí es cortés la porfía.

POLILLA

Pues ¿cómo puede ser eso,  
si a las fiestas han de ir,  
y es desprecio de su fama  
no ir un galán con su dama,  
y tú no quieres salir?

DIANA

¿Que pudiera ser no infieres  
que saliese yo con él?

POLILLA

Sí, señora, pero él  
sabe poco de poderes.

Mas ya galanes y damas  
a las fiestas van saliendo;  
cierto que es un mayo ver  
las plumas de los sombreros.

DIANA

Todos vienen con sus damas,  
y Carlos viene con ellos.

POLILLA

[APARTE.]

Señores, si esta mujer,  
viendo ahora este desprecio,

no se rinde a querer bien,  
ha de ahorcarse, como hay Credo.

(SALEN TODOS LOS GALANES CON SUS DAMAS, Y ELLOS Y ELLAS CON SOMBREROS Y PLUMAS.)

## MÚSICOS

A festejar sale Amor  
sus dichosos prisioneros,  
dando plumas sus penachos  
a sus arpones soberbios.

BEARNE

Príncipes, para picarla  
es este el postrer remedio.

DON GASTÓN

Mostrarnos finos importa.

CARLOS

Mi fineza es el despego.

BEARNE

Cada instante, Cintia hermosa,  
me olvido de que soy vuestro,  
porque no creo a mi suerte  
la dicha que la merezco.

CINTIA

Más dudo yo, pues presumo  
que el ser tan fino es empeño  
del día, y no del amor.

BEARNE

Salir del día deseo  
por venceros esa duda.

DON GASTÓN

Y vós, si dudáis lo mesmo,  
veréis pasar mi fineza  
a los mayores extremos,  
cuando sólo deuda sea  
de la fe con que os venero.

DIANA

Nadie se acuerda de mí.

POLILLA

Yo por ninguno lo siento,  
sino por aquel menguado  
de Carlos, que es un soberbio.

¿Tiene él algo más que ser  
muy galán y muy discreto,  
muy liberal y valiente,  
y hacer muy famosos versos  
y ser un príncipe grande?  
Pues ¿qué tenemos con esto?

BEARNE

Conde de Fox, no perdamos  
tiempo para los festejos  
que tenemos prevenidos.

DON GASTÓN

Tan feliz día logremos.

DIANA

¡Qué tiernos van!

POLILLA

Son menguados.

DIANA

Pues ¿es malo el estar tiernos?

POLILLA

Sí, que es cosa de capones.

BEARNE

Proseguid el dulce acento  
que nuestra dicha celebra.

CARLOS

Yo seré imán de sus ecos.

(VANSE PASANDO POR DELANTE DE DIANA, SIN REPARAR EN ELLA.)

MÚSICOS

A festejar sale Amor  
sus dichosos prisioneros, [etc.]

DIANA

¡Qué finos van y qué graves!

POLILLA

¿Sabes qué parecen éstos?

DIANA

¿Qué?

POLILLA

Priors y abadesas.

DIANA

Y Carlos se va con ellos...

Sólo d'él siento el desdén;

pero de abrasarle a celos

es ésta buena ocasión...

Llámale tú.

POLILLA

¡Ah, caballero!

CARLOS

¿Quién llama?

POLILLA

*Appropinquación*

*ad parlandum.*

CARLOS

¿Con quién?

POLILLA

*Mecum.*

CARLOS

Pues ¿para eso me llamas,

cuando ves que voy siguiendo

este acento enamorado?

DIANA

¿Vós enamorado? ¡Bueno!

Y ¿de quién lo estáis?

CARLOS

Señora,

también yo aquí dama llevo.

DIANA

¿Qué dama?

CARLOS

Mi libertad,  
que es a quien yo galanteo.

DIANA

Cierto que me había dado  
gran susto.

POLILLA

(APARTE.)

¡Bueno va esto!

Ya está más allá de Illescas  
para llegar a Toledo.

DIANA

¿La libertad es la dama?

¡Buen gusto tenéis, por cierto!

CARLOS

En siendo gusto, señora,  
no importa que no sea bueno,  
que la voluntad no tiene  
razón para su deseo.

DIANA

Pero ahí no hay voluntad.

CARLOS

Sí hay tal.

CONDE

O yo no lo entiendo,  
o no la hay; que no se puede  
dar voluntad sin sujeto.

CARLOS

El sujeto es el no amar,  
y voluntad hay en esto;  
pues si quiero no querer,  
ya quiero lo que no quiero.

DIANA

La negación no da ser,  
que sólo el entendimiento

le da al ente de razón  
un ser fingido y supuesto;  
y así es esa voluntad,  
pues sin causa no hay efecto.

CARLOS

Vós, señora, no sabéis  
lo que es querer; y así en esto  
será lisonja deciros  
que ignoráis el argumento.

DIANA

No ignoro tal, que el discurso  
no ha menester los efectos  
para conocer las causas,  
pues sin la experiencia d'ellos  
las ve la filosofía;  
pero yo ahora lo entiendo  
con experiencia también.

CARLOS

Pues ¿vós queréis?

DIANA

Lo deseo.

POLILLA

([APARTE.]

iCuidado, que va apuntando  
la varita de los celos!  
Úntate muy bien las manos  
con aceite de desprecios,  
no se te pegue la liga.

DIANA

Si éste tiene entendimiento,  
se ha de abrasar, o no es hombre.

POLILLA

Eso fuera a no estar hecho  
él defensivo y pegado.)

CARLOS

De oídos estoy suspenso.

DIANA

Carlos, yo he reconocido  
que la opinión que yo llevo  
es ir contra la razón,  
contra el útil de mi reino,  
la quietud de mis vasallos,  
la duración de mi imperio.  
Viendo estos inconvenientes,  
he puesto a mi pensamiento  
tan forzosos silogismos,  
que le he vencido con ellos.  
Determinada a casarme,  
apenas cedió el ingenio  
al poder de la verdad  
su sofístico argumento,  
cuando vi, al abrir los ojos,  
que la nube de aquel yerro  
le había quitado al alma  
la luz del conocimiento.  
El Príncipe de Bearne,  
mirado sin pasión...

POLILLA

(¡Helos!

¡Al aceite, que traen liga!)

DIANA

[...] es tan galán caballero,  
que merece la atención  
mía, que harto lo encarezco.  
Por su sangre, no hay ninguno  
de mayor merecimiento;  
por sus partes, no le iguala  
el más galán, más discreto.  
Lo afable en los agasajos,  
lo humilde en los rendimientos,  
lo primoroso en finezas,

lo generoso en festejos,  
nadie lo tiene como él.  
Corrida estoy de que un yerro  
me haya tenido tan ciega,  
que no viese lo que veo.

CARLOS

(Polilla, aunque sea fingido,  
¡vive Dios que estoy muriendo!

POLILLA

¡Aceite, pesia mi alma,  
aunque te manches con ello!)

DIANA

Y así, Carlos, determino  
casarme; mas antes quiero,  
por ser tan discreto vós,  
consultaros este intento.  
¿No os parece que el de Bearne  
que será el más digno dueño  
que dar puedo a mi corona?  
Que yo por el más perfecto  
le tengo de todos cuantos  
me asisten. ¿Qué sentís d'ello?  
Parece que os demudáis.  
¿Estrañáis mi pensamiento?  
(APARTE.

Bien he logrado la herida,  
que del semblante lo infiero;  
todo el color ha perdido:  
eso es lo que yo pretendo.)

POLILLA

([APARTE.]

¡Ah, señor!

CARLOS

Estoy sin alma.

POLILLA

Sacúdete, majadero,  
que se te pega la liga.)

DIANA

¿No me respondéis? ¿Qué es eso?  
Pues ¿de qué os habéis turbado?

CARLOS

Me he admirado, por lo menos.

DIANA

¿De qué?

CARLOS

De que yo pensaba  
que no pudo hacer el cielo  
dos sujetos tan iguales,  
que estén a medida y peso  
de unas mismas cualidades  
sin diferencia compuestos,  
y lo estoy viendo en los dos,  
pues pienso que estamos hechos  
tan debajo de una causa,  
que yo soy retrato vuestro.  
¿Cuánto ha, señora, que vós  
tenéis ese pensamiento?

DIANA

Días ha que está trabada  
esta batalla en mi pecho,  
y desde ayer me he vencido.

CARLOS

Pues a quese mismo tiempo  
ha que estoy determinado  
a querer, ello por ello.  
Y también mi ceguedad  
me quitó el conocimiento  
de la hermosura que adoro;  
digo, que adorar deseo,  
que cierto que lo merece.

DIANA

([APARTE.]

(Sin duda logré mi intento.)  
Pues bien podéis declararos,  
que yo nada os he encubierto.

CARLOS

Sí, señora, y aun hacer  
vanidades del acierto.  
Cintia es la dama.

DIANA

¿Quién? ¿Cintia?

POLILLA

[APARTE.]

¡Ah, buen hijo! Como diestro,  
herir por los mismos filos,  
que esa es doctrina del negro.

CARLOS

¿No os parece que he tenido  
buena elección en mi empleo?  
Porque ni más hermosura  
ni mejor entendimiento  
jamás en mujer he visto.  
Aquel garbo, aquel sosiego,  
su agrado, ¿no hace dichosa  
mi pasión? ¿Qué sentís dello?  
Parece que os he enojado.

DIANA

[APARTE.]

Toda me ha cubierto un hielo.

CARLOS

¿No respondéis?

DIANA

Me ha dejado  
suspensa el veros tan ciego,  
porque yo en Cintia no he hallado

ninguno d'esos extremos:  
ni es agradable, ni hermosa,  
ni discreta, y ese es yerro  
de la pasión.

CARLOS

¿Hay tal cosa?

Hasta ahí nos parecemos.

DIANA

¿Por qué?

CARLOS

Porque a vós de Cintia  
se os encubre el rostro bello,  
y del de Bearne a mí  
lo galán se me ha encubierto;  
conque somos tan iguales,  
que decimos mal a un tiempo:  
yo, de lo que vós queréis,  
y vós, de lo que yo quiero.

DIANA

Pues si es gusto, cada uno  
siga el suyo.

CARLOS

([APARTE.]

Malo es esto.

POLILLA

Encima viene la tuya:  
no se te dé nada de eso.)

CARLOS

Pues ya, con vuestra licencia,  
iré, señora, siguiendo  
aquel eco enamorado;  
que el disfrazaros mi intento  
fue temor, que ya he perdido,  
sabiendo que mi deseo,  
en la ocasión y el motivo,

es tan parecido al vuestro.

DIANA

¿Vais a verla?

CARLOS

Sí, señora.

DIANA

([APARTE.]

¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto, cielos?

POLILLA

Para largo, que la pierde.)

CARLOS

Adiós, señora.

DIANA

Teneos,

aguardad. ¿Por qué ha de ser tan ciego un hombre discreto, que ha de oponer un sentido a todo un entendimiento?

¿Qué tiene Cintia de hermosa?

¿Qué discursos, qué conceptos os la han fingido discreta?

¿Qué garbo tiene? ¿Qué aseo?

POLILLA

[APARTE.]

Cinco, seis y encaje, cuenta, señor, que la va perdiendo hasta el codo.

CARLOS

¿Qué dices?

DIANA

Que ha sido mal gusto el vuestro.

CARLOS

¿Malo, señora? Allí va Cintia; miralda, aun de lejos, y veréis cuántas razones

da su hermosura a mi acierto.  
Mirad en lazos prendido  
aquel hermoso cabello,  
y si es justo que en él sea  
yo el rendido y él el preso.  
Mirad en su frente hermosa  
cómo junta el rostro bello,  
bebiendo luz a sus ojos,  
sol, luna, estrellas y cielo.  
Y en sus dos ojos mirad  
si es digno y dichoso el hierro  
que hace esclavos a los míos,  
aunque ellos sean los negros.  
Mirad el sangriento labio,  
que, fino coral vertiendo,  
parece que se ha teñido  
en la herida que me ha hecho;  
aquel cuello de cristal,  
que, por ser de garza el cuello,  
al cielo de su hermosura  
osa llegar con el vuelo;  
aquel talle tan delgado,  
que yo pintarle no puedo,  
porque es él más delicado  
que todos mis pensamientos.  
Yo he estado ciego, señora,  
pues sólo ahora lo veo;  
y del pesar de mi engaño  
me paso a loco, de ciego;  
pues no he reparado aquí  
en tan grande desacierto  
como alabar su hermosura  
delante de vós. Mas d'esto  
perdón os pido, y licencia  
de ir a pedírsela luego  
por esposa a vuestro padre,

ganando también a un tiempo  
del Príncipe de Bearne  
las albricias de ser vuestro.

(VASE.)

DIANA

¿Qué es ésto, dureza mía?  
Un volcán tengo en mi pecho.  
¿Qué llama es esta que el alma  
me abrasa? Yo estoy ardiendo.

POLILLA

[APARTE.]

Alto, ya cayó la breva,  
y dio en la boca por yerro.

DIANA

¿Caniquí?

POLILLA

Señora mía,  
¿hay tan grande atrevimiento?  
¿Por qué con él no embestiste  
y le arrancaste a este necio  
todas las barbas a araños?

DIANA

Yo pierdo el entendimiento.

POLILLA

Pues pierde también las uñas.

DIANA

¡Caniquí, este es un incendio!

POLILLA

Eso no es sino bramante.

DIANA

¿Yo arrastrada de un soberbio?

¿Yo rendida de un desvío?

¿Yo sin mí?

POLILLA

Señora, quedo,

que eso parece querer.

DIANA

¿Qué es querer?

POLILLA

Serán torreznos.

DIANA

¿Qué dices?

POLILLA

Digo de amor.

DIANA

¿Cómo amor?

POLILLA

No, sino huevos.

DIANA

¡Yo amor!

POLILLA

Pues ¿qué sientes tú?

DIANA

Una rabia y un tormento.

No sé qué mal es aqueste.

POLILLA

Venga el pulso, y lo veremos.

DIANA

Déjame, no me enfurezcas;  
que es tanto el furor que siento,  
que aun a mí no me perdono.

POLILLA

¡Ay, señora! Vive el cielo  
que se te ponen azules  
las venas, y es mal agüero.

DIANA

Pues ¿de aqueso qué se infiere?

POLILLA

Que es pujamiento de celos.

DIANA

¿Qué dices, loco, villano,

atrevido, sin respeto?  
¿Celos yo? ¿Qué es lo que dices?  
¡Vete de aquí! ¡Vete luego!

POLILLA

Señora...

DIANA

¡Vete, atrevido,  
o haré que te arrojen luego  
de una ventana!

POLILLA

¡Agua va!

Voyme, señora, al momento,  
que no soy para vaciado.

([APARTE.]

Madre de Dios, ¡cuál la dejo!  
Voyme, que, donde hay pañal,  
el caniquí tiene riesgo.)

(VASE.)

DIANA

¿Fuego en mi corazón? No, no lo creo.  
Siendo de mármol, ¿en mi pecho helado  
pudo encenderse? No, miente el cuidado.  
Pero ¿cómo lo dudo, si lo veo?

Yo deseé vencer, por mi trofeo,  
un desdén. Pues si es quien me ha abrasado  
fuego de amor, ¿qué mucho que haya entrado  
donde abrieron las puertas al deseo?

D'este peligro no advertí el indicio,  
pues para echar el fuego en otra casa  
yo le encendí, en la mía hizo su oficio.

No admire, pues, mi pecho lo que pasa;  
que quien quiere encender un edificio  
suele ser el primero que se abrasa.

(SALE EL DE BEARNE.)

BEARNE

Gran vitoria he conseguido,  
si mi dicha es cierta ya;  
mas aquí Diana está.  
A vuestras plantas rendido,  
señora, perdón os pido  
de venir tan arrojado  
con la nueva que me han dado;  
que yo pienso que aun es poco,  
siendo vuestro, el venir loco  
de un favor imaginado.

DIANA

No os entiendo, ¿habláis conmigo?  
¿Qué favor decís?

BEARNE

Señora,  
el de Urgel me ha dicho ahora  
que d'él ha sido testigo,  
y que yo el laurel consigo  
de ser vuestro.

DIANA

Necio fue,  
si os dijo lo que no sé,  
y vós si lo habéis creído.

BEARNE

Ya lo dudó mi sentido,  
mas quien lo creyó es mi fe.

Que, como milagro fuera  
de vós el tener piedad,  
os negara el ser deidad,  
si mi amor no lo creyera.  
En el pecho que os venera,  
haber más fe es más trofeo;  
y pues fe ha sido el deseo  
de imaginaros deidad,  
perdonad mi necedad

por la fe con que lo creo.

DIANA

Pues ¿no es más atrevimiento  
creeros digno de mi amor?

BEARNE

No, que vós, con el favor,  
podéis dar merecimiento;  
y en esto mi pensamiento,  
antes que en mí el merecer,  
creyó de vós el poder.

DIANA

Y ¿él os ha dicho ese error?

BEARNE

Sí, señora.

DIANA

[APARTE.]

Esto es peor  
que lo que acaba de hacer,  
porque supone estar yo  
despreciada, y él amante,  
pues al Príncipe al instante  
el aviso le llevó;  
que él nunca lo hiciera, no,  
si a mí me quisiera bien.  
Amor, la furia detén,  
pues ya mi pecho has postrado,  
que en él este hombre ha labrado  
el desdén con el desdén.

BEARNE

Señora, yo el modo erré  
de acetar vuestro favor  
y lo que fuera mejor;  
enmendando el yerro, iré  
a vuestro padre, y diré  
la gracia que os he debido,

y rogaré agradecido  
que interceda en mi pasión,  
por mi dicha y el perdón  
de haber andado atrevido.

(VASE.)

DIANA

¿Qué es esto que me sucede?  
Yo me quemo, yo me abraso;  
mas si es venganza de Amor,  
¿por qué su rigor extraño?  
Esto es amor, porque el alma  
me lleva el desdén de Carlos.  
Aquel hielo me ha encendido;  
que Amor su deidad mostrando,  
por castigar mi dureza,  
ha vuelto la nieve en rayos.  
Pues ¿qué he de hacer, ay de mí,  
para enmendar este daño  
que en vano el pecho resiste?  
El remedio es confesarlo.  
¿Qué digo? ¿Yo publicar  
mi delito con mi labio?  
¿Yo decir que quiero bien?  
Mas Cintia viene: el recato  
de mi decoro me valga;  
que tanto tormento paso  
en el ardor que padezco,  
como en haber de callarlo.  
(SALEN CINTIA Y LAURA.)

CINTIA

Laura, no creo mi dicha.

LAURA

Pues la tienes en la mano,  
lógjala, aunque no la creas.

CINTIA

Diana, el justo agasajo  
que, por ser tu sangre yo,  
te he debido, ahora aguardo  
que sea con tu favor  
el que requiere mi estado.  
Carlos, señora, me pide  
por esposa, y en él gano  
un logro para el deseo,  
para mi nobleza un lauro.  
Enamorado de mí,  
pide, señora, mi mano;  
sólo tu favor me falta  
para la dicha que aguardo.

DIANA

[APARTE.]

Esto es justicia de Amor.  
¡Uno tras otro el agravio!  
¿Ya no me doy por vencida?  
¿Qué más quieres, dios tirano?

CINTIA

¿No me respondes, señora?

DIANA

Estaba, Cintia, mirando  
de qué modo es la fortuna  
en sus inciertos acasos.  
Anhela un pecho infeliz,  
con dudas y sobresaltos,  
diligencias y deseos,  
por un bien imaginado;  
sólo porque le desea,  
huye d'él, y es tan ingrato,  
que de otro que no le busca  
se va a poner en la mano.  
Yo, de su desdén herida,  
procuré rendir a Carlos,

obliquéle con favores,  
hice finezas en vano:  
siempre en él hallé un desvío;  
y sin buscarle tu halago,  
lo que huyó de mi deseo  
se va a rendir a tus brazos.  
Yo estoy ciega de ofendida,  
y el favor que me has rogado  
que te dé, te pido yo  
para vengar este agravio.  
Llore Carlos tu desprecio,  
sienta su pecho tirano  
la llama de tu desvío,  
pues yo en la suya me abraso.  
Véngame de su soberbia,  
hállate su amor de mármol;  
pene, suspire y padezca  
en tu desdén, y llorando  
sufra...

CINTIA

Señora, ¿qué dices?  
Si él conmigo no es ingrato,  
¿por qué he de dar yo un castigo  
a quien me hace un agasajo?  
¿Por qué me has de persuadir  
lo que tú estás condenando?  
Si en él su desdén no es bueno,  
también en mí será malo.  
Yo le quiero, si él me quiere.

DIANA

¿Qué es quererle? ¿Tú de Carlos  
amada, yo despreciada?  
¿Tú con él casarte, cuando  
del pecho se está saliendo  
el corazón a pedazos?  
¿Tú logrando sus cariños,

cuando su desdén helado,  
trocando efecto la causa,  
abrsa mi pecho a rayos?  
Primero, ¡viven los cielos!,  
fueran las vidas de entrambos  
asunto de mi venganza,  
aunque con mis propias manos  
sacara a Carlos del pecho,  
donde, a mi pesar, ha entrado,  
y para morir con él  
matara en mí su retrato.  
¿Carlos casarse contigo,  
cuando yo por él me abraso,  
cuando adoro su desvío  
y su desdén idolatro?  
Pero ¿qué digo? ¡Ay de mí!  
¿Yo así mi decoro ultrajo?  
Miente mi labio atrevido,  
miente; mas él no es culpado,  
que si está loco mi pecho,  
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?  
Mas yo me rindo al dolor,  
para hacer de uno dos daños.  
Muera el corazón y el pecho,  
y viva de mi recato  
la entereza, Cintia amiga;  
si a ti te pretende Carlos,  
si da Amor a tu descuido  
lo que niega a mi cuidado,  
cásate con él, y logra  
casto amor en dulces lazos.  
Yo sólo quise vencerle,  
y éste fue un empeño vano  
de mi altivez, que ya veo  
que fue locura intentarlo,  
siendo acción de la fortuna;

pues, como se ve en sus casos,  
siempre consigue el dichoso  
lo que intenta el desdichado.  
El ser querida una dama  
de quien desea no es lauro,  
sino dicha de su estrella;  
y cuando yo no la alcanzo,  
no se infiere que no tengo  
en mi hermosura y mi aplauso  
partes para merecello,  
sino suerte para hallarlo.  
Y pues yo no la he tenido  
para lo que he deseado,  
lógcala tú, que la tienes;  
dale de esposa la mano,  
y triunfe tu corazón  
de sus rendidos halagos.  
Enlace... Pero ¿qué digo,  
que me estoy atravesando  
el corazón? No es posible  
resistir a lo que paso.  
Toda el alma se me abrasa.  
¿Para qué, cielos, lo callo,  
si por los ojos se asoma  
el incendio que disfrazo?  
Yo no puedo resistirlo.  
Pues, cuando lo mienta el labio,  
¿cómo ha de encubrir el fuego  
que el humo está publicando?  
Cintia, yo muero; el delirio  
de mi desdén me ha llevado  
a este mortal precipicio  
por la senda de mi engaño.  
El Amor, como deidad,  
mi altivez ha castigado;  
que es niño para las burlas

y dios para los agravios.  
Yo quiero, en fin, ya lo dije,  
y a ti te lo he confesado,  
a pesar de mi decoro,  
porque tienes en tu mano  
el triunfo que yo deseo.  
Mira si, habiendo pasado  
por la afrenta del decirlo,  
te estará bien el dejarlo.

(VASE.)

LAURA

¡Jesús! El cuento del loco.  
Él por él está pasando.

CINTIA

¿Qué dices, Laura, qué dices?

LAURA

Viendo prohibido el plato,  
Diana se ahitó de amor  
y del desdén ha sanado.

CINTIA

¡Ay, Laura! Pues ¿qué he de hacer?

LAURA

¿Qué, señora? Asegurarlo,  
y al de Bearne, que es fijo,  
no soltarle de la mano  
hasta ver en lo que para.

CINTIA

Calla, que aquí viene Carlos.

(SALEN POLILLA Y CARLOS.)

POLILLA

Las unciones del desprecio,  
señor, la vida le han dado.  
¡Gran cura hemos hecho en ella!

CARLOS

Si es cierto, gran triunfo alcanzo.

POLILLA

Haz cuenta que ya está sana,  
porque queda babeando.

CARLOS

Y ¿has conocido que quiere?

POLILLA

¿Cómo querer? Por San Pablo,  
que me vine huyendo d'ella,  
porque la vi querer tanto,  
que temí que echase el resto  
y me destruyese.

CINTIA

¿Carlos?

CARLOS

¿Cintia hermosa?

CINTIA

Vuestra dicha

logra ya triunfo más alto  
que el que en mi mano pretende.

Vuestro descuido ha triunfado  
del desdén que no ha vencido  
en Diana el agasajo  
de los príncipes amantes.

Ella os quiere; y yo me aparto  
de mi esperanza, por ella  
y por vós, si es vuestro el lauro.

CARLOS

¿Qué es lo que decís, señora?

CINTIA

Que ella me lo ha confesado.

POLILLA

¡Toma, si purga, señor!

No hay en la botica emplasto  
para las mujeres locas  
como un parche de mal trato.  
Mas aquí su padre viene,

y los príncipes: ¡al caso,  
señor, y aunque esté rendida,  
declárate con resguardo!

(SALEN EL CONDE DE BARCELONA Y LOS PRÍNCIPES.)

CONDE

Príncipe, vós me dais tan buena nueva,  
que es justo que os la acepte, y aunque os deba  
lo que a vuestra persona,  
pago en daros mi hija y mi corona.

DON GASTÓN

Pues aunque yo, señor, no haya tenido  
la dicha que Bearne ha conseguido,  
siempre estaré contento  
de que él haya logrado el vencimiento  
que tanto he deseado,  
por la parte que debe a mi cuidado;  
y el parabién le doy d'este trofeo.

CARLOS

Y también le admitid de mi deseo.

BEARNE

Carlos, yo le recibo,  
y el mío os apercibo,  
pues en Cintia lográis tan digno dueño,  
que envidiara el empeño,  
a no lograr el mío.

(SALE DIANA AL PAÑO.)

DIANA

¿Dónde me lleva el loco desvarío  
de mi pasión? Yo estoy muriendo, cielos,  
de envidias y de celos.  
Mas los príncipes todos se han juntado,  
y mi padre con ellos;  
sin alma llego a vellos,  
pues si su fin no alcanza,  
yo tengo de morir con mi esperanza.

CONDE

Carlos, pues vós pedís a mi sobrina,  
yo, pagando el deseo que os inclina,  
os ofrezco su mano;  
y pues tanto sosiego en esto gano,  
háganse juntas todas  
las bodas de Diana y vuestras bodas.

DIANA

¡Cielos, yo estoy mi muerte imaginando!

POLILLA

[APARTE.]

Señor, Diana allí te está escuchando,  
y has menester un modo muy discreto  
de declararte, por que tenga efeto,  
que va con condiciones el partido,  
y, si yerras el cabe, vas perdido.

CARLOS

Yo, señor, a Barcelona  
vine, más que a pretender,  
a festejar de Diana  
la hermosura y el desdén;  
y aunque es verdad que de Cintia  
el hermoso rosicler  
amaneció en mi deseo  
a la luz del querer bien,  
la entereza de Diana,  
que tan de mi genio fue,  
ha ganado en mi albedrío  
tanto imperio, que no haré  
cosa que no sea su gusto,  
porque la hermosa altivez  
de su desdén me ha obligado  
a que yo viva por él;  
y puesto que haya pedido  
mi amor a Cintia, ha de ser

siendo así su voluntad,  
pues la mía suya es.

CONDE

Pues ¿quién duda que Diana  
de eso muy contenta esté?

POLILLA

Eso lo dirá Su Alteza,  
por hacerme a mí merced.

(SALE.)

DIANA

Sí diré. Pero, señor,  
¿vós contento no estaréis,  
si yo me caso, que sea  
con cualquiera de los tres?

CONDE

Sí, que todos son iguales.

DIANA

Y vosotros ¿quedaréis  
de mi elección ofendidos?

BEARNE

Tu gusto, señora, es ley.

DON GASTÓN

Y todos la obedecemos.

DIANA

Pues el príncipe ha de ser  
quien dé a mi prima la mano;  
y quien a mí me la dé,  
el que vencer ha sabido  
el desdén con el desdén.

CARLOS

Y ¿quién es ése?

DIANA

Tú solo.

CARLOS

Dame ya los brazos, pues.

POLILLA

Y mi bendición os caiga,  
por siempre jamás, amén.

BEARNE

Pues ésta, Cintia, es mi mano.

CINTIA

Contenta quedo también.

LAURA

Pues tú, Caniquí, eres mío.

POLILLA

Sacúdanse todos bien,  
que no soy sino Polilla:  
imamóla vuesa merced!  
Y con esto, y con un vitor  
que pide, humilde y cortés,  
el ingenio, aquí se acaba  
*El desdén, con el desdén.*

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**